intervalo



10 OBRAS COMPLETAS de



Héctor Pedro Blomberg • Cristóbal M. Paz • Jules Claretie • Juan E. Hartzenbusch • Ken Bald
Josephine Bernard • J. M. Flynn • Gonzalo Hernández • C. y M. Logan • Bix Foster

intervalo ALBUM

sumario

PORTADA
Escena de la película SAFARI (COLUMBIA.
LA BELLA DE HONG-KONG, por Bix Foster
Había dejado atrás un buen puñado de días útiles y de noches de absurdos sueños ....Pág. 4
DOCTOR KILDARE, por Ken Bald
Al joven médico lo guiaba un sano propósito: atenuar los males físicos de la doliente humanidad ...... Pág. 15
EL MISTERIO DE LA MINA ABANDONADA, por J. M. Flynn
El tren se alejó, llevándose a un hombre sagaz; a un buen policía que había logrado descifrar la muerte del amigo .... Pág. 32
HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por Cristóbal M. Paz
Era un hermoso jardín, sembrado en homenaje de una mujer que le había enseñado el verdadero camino del amor .... Pág. 43
GILBERTO, por Jules Claretie
Las barajas no la engañaron. Le anunciaron buena suerte, y así había sucedido ....Pág 50
EN LA ENCRUCIJADA, por Josephine Bernard
Al encontrarse el lector en un trance difícil de la vida, "En la encrucijada" hallará el sano consejo como paliativo para sus dudas .... Pág. 63
UN SOBRE ROSA PERFUMADO, por Gonzalo Hernández
...y pudo desalojar de su alma la angustia que la injusta sospecha la corroía...................... Pág. 73
LA REINA FLORIANA, por Juan E. Hartzenbuch
Allí, entre los vivos afectos de la multitud, sólo imploró dos ruegos: felicidad y tranquilidad para su conciencia .... Pág. 86
LAS SIETE LLAVES, por C. y M. Logan
La evidencia hallada, tras dura tarea, fue motivo de orgullo para el hombre que supo demostrar una vez más su gran valor .... Pág. 104
UN JAVERT DE LAS PAMPAS, por Héctor P. Blomberg
Cien gauchos, con ropas de galas y guitarras enlutadas, acompañaron en el último camino al teniente pampa en cuyo corazón criollo hermanaban la nobleza y el valor .... Pág. 118



La bella de Hong-Kong

Intervalo Álbum 121 - 2/1966

Por BIX FOSTER

DIBUJOS DE D. HAUPT

Era una radiante mañana de abril de 1921, y el Sol besaba generosamente a ricos y pobres, allí en la siempre convulsionada Hong-Kong. Dos oficiales ingleses paseaban por la Sun Avenue cuando uno de ellos se detuvo y exclamó: -¡Es una verdadera flor!



Un automóvil de marca británica se había detenido al llegar al 46 de esa arteria, y del mismo había bajado una bonita rubia.

Debiera saber que ella se llama Olga Ninanov, teniente.

El teniente Woold había quedado como hipnotizado ante la hermosa dama del automóvil.



Artero golpe del destino habría arrojado a un sitio tan apartado de su Santa Rusia natal, a la bellísima Olga Ninanov, que, de acuerdo a la sonrisa del capitán inglés, era bastante conocida en Hong Kong, la ciudad donde acababa de llegar el teniente Woold.




Esa noche había una fiesta en el flamante destacamento militar de Victory. Allí, Frank W. Woold conoció a una mujer bonita y valiosa. La doctora Chid Rawber del "British Hospital" de esa ciudad.
Casualmente tenemos un buen dermatólogo, teniente Woold.
¡Háblale de algo más alegre, Frank!


El teniente tenía un pequeño problema en la piel, y la doctora fue delicadamente encantadora con él, citándole para un día más tarde. Así trabaron rápida y, aparentemente, firme amistad...


...hasta que Frank W. Woold volvió a ver a la dama rusa. Entonces, Chid Rawber quedó relegada al olvido. Ocasionalmente, el oficial fue presentado a Olga. Los grandes ojos de la bella lo contemplaron con emotiva serenidad: -Es un placer para mí, teniente, -dijo.


Ella no hacía nada por dominar a los hombres. Ellos iban rápidamente hacia la exótica Olga, como las moscas al papel engomado y letal. Y Frank W. Woold no fue la excepción.
¿Siempre enloquecida por ella, teniente?


El sereno capitán Sabriet volvía a encontrar al joven oficial en una situación de neto enamoramiento.
¿Y nuestra excelente compatriota miss Rawber?


El teniente hizo un gesto de leve fastidio.
¡La doctora Rawber siempre habla de medicinas y enfermos!
Hace muy poco parecía usted entusiasmado por Chid Rawber.


El teniente suspiró: -¡Cómo mudamos de parecer, mi capitán! ¡Es que Olga es maravillosa!
Tal vez. Tal vez. ¿De qué se ocupa en Hong-Kong?


Era una pregunta que dejó sin palabras al teniente Woold.
Pues... ¡vive de sus rentas!
¿De sus rentas? ¿Está seguro, teniente?


En la ciudad había varios refugiados rusos; seres nostálgicos, tristes, que evocaban continuamente su hermosa y arrasada patria.
Conozco a tres de ellos, y sólo uno goza de cierta libertad económica. ¡Los otros dos... pobres!


Ciertamente, Olga Ninanov tenía espléndidos vestidos y algunas joyas no despreciables. El capitán Sabriet miró con simpatía a su apuesto y valiente subordinado.
Le deseo mucha suerte, teniente Woold.


Esa misma noche, el capitán habló con el coronel Richard, jefe del Destacamento Militar. Fue una conversación que tocó diversos temas y también el del teniente Woold.
No quisiera que su padre, Sir Woold, me reprochara...



El paternal coronel miraba fijamente al teniente cuando le advirtió sobre la joven rusa. -Justamente quería pedirle consejo, mi coronel. Mis propósitos, con respecto a ella, son serios, -dijo el teniente. El coronel Richard murmuró: -¿Está en sus cabales, hijo?

Estoy enamorado de Olga Ninanov, mi coronel.



El joven oficial no contestó, y pareció ofenderse.

Lo digo por su bien, teniente. Conozco a su padre, y...

Comprendo, mi coronel.

"Si ella procede correctamente podrá decirle, sin ocultamientos, de dónde le viene el dinero. No se comprometa demasiado, Woold, hasta saber más acerca de ella", insistió el coronel, mientras el teniente tenía la vista perdida en el vacío.

(¡Está loco por ella!)











Estaba solo ante la gran decisión, pero ¡qué demonios! era mayor de edad y dueño de su vida .



Se estremeció pensando que una simple orden podía mandarle al otro lado del mundo. A cualquier sitio donde ondeara la bandera inglesa.-En ese caso pediría ayuda a mi padre, -pensó.



Felisa, el ama de llaves que no sonreía nunca, abrió la puerta al teniente inglés. Quedó algo sorprendida.



El ama de llaves gruñó en un inglés muy dificultoso: -¡Ha debido llamar a la señorita por teléfono, sir!



La anciana no lo detenía, pero fue entonces cuando una voz suave, aunque masculina, dijo: -Espere, teniente.



El secretario privado de la aristócrata dijo una breve y áspera frase al ama de llaves, y la anciana se retiró rápidamente.



Se trabó el doctor Denkov, pero continuó la frase: -Es por un negocio. Le avisaré en cuanto pueda. Hizo una reverencia palaciega y desapareció tras una puerta tapizada en seda dorada.



No pasaron cinco minutos y el teniente Woold escuchó la dulce y bien modulada voz de la aristócrata.



El volumen de la voz femenina iba en aumento, pero Frank no podía entenderla. Hablaba ruso la hermosa dueña de casa. Y en el mismo idioma le contestaba su misterioso visitante.



El sitio donde se hallaba el oficial inglés comunicaba con un inmenso ventanal. Se acercó a él. A través de los vidrios pudo ver una extraña figura ataviada totalmente de negro. Era el que discutía con Olga. Un gigante de anchas espaldas...




...con una voz desagradablemente aguda.
(La actitud de ella es serena, indiferente.)


¿Qué había sobre el escritorio? ¡Dinero, mucho dinero!
(¡Todo esto es muy extraño!)


Ella tomó asiento en un sofá de color oscuro, y se ocupó durante un largo minuto de observar una flor china. En ese instante era el doctor Denkov quien discutía con el "oso negro", como empezó a llamarle el teniente Woold.


Algo disgustado -sobre todo porque ignoraba lo que allí estaba ocurriendo- Frank W. Woold dirigió una última mirada al sitio donde su amor seguía, indiferente, la bravía discusión ante esa pila de billetes de banco. ¿ Libras esterlinas, tal vez?


En el porte de Olga Ninanov sobraba pompa y aristocracia. Ella estaba mucho más allá de esa desagradable rencilla por dinero.
(Olga me lo dirá todo. Tarde o temprano...)


Vaciló y sintió cierta amargura en sus labios. ¿ Es que acaso se atrevería a hacerle preguntas tan delicadas? Lo que pretendía el coronel Richard, su jefe, y el viejo amigo de su padre, era excesivo.
(¡Tiempo habrá para todo entre tú y yo, Olga!)


Si ella era una mujer fuerte, poderosa, no importaba al teniente Woold. En ese momento, viéndola ante ese gigante agresivo, sintió deseos de correr a protegerla.
(Sin embargo ella está lejos, muy lejos de aquí.)


Sosteniendo la flor china entre sus manos de dedos larguísimos, ella miraba hacia el infinito. No atendía al gigante vestido de negro, ni siquiera cuando éste inclinó la cabeza para saludarla. ¿Había terminado la rara entrevista?


Se abrió la puerta de la oficina y el gigante salió rápidamente, reacondicionando su sombrero de anchas alas, y murmurando con dureza en su idioma. Frank vio que algo escapaba del sombrero del individuo, y dando volteretas caía a un costado del sillón que estaba ocupando.


Cuando estiró el brazo para recoger el pequeño trozo de papel, el gigante desapareció, tras cerrar sin mayor cuidado la puerta. Frank leyó -era una diminuta tarjeta en blanco- lo que creía era un nombre chino:-Shan-Shuo-, escrito a máquina.

A la salida de aquél misterioso individuo, siguió un silencio de dos o tres minutos. Frank guardó la tarjeta. ¿Qué negocio habría estado discutiendo con Olga Ninanov ese gigante de rostro y vestimenta lúgubre?



Una cosa intrigaba al teniente. ¿Por qué, siendo ella tan delicada, tan distinguida, tenía contactos con gente de esa extraña naturaleza? Pero dejó de pensar cosas desagradables al ver a Olga.



Sin vacilar, el secretario dejó caer sobre el reducido lugar donde se había producido la conferencia a puertas cerradas, un poco de caro y exquisito perfume. Olga dijo entre dientes una frase en ruso, sonrió, y se acercó a Frank W. Woold.



En las pupilas de ella advirtió un gran cansancio. Indudablemente Olga lucía cien veces más en las noches cargadas de misterios de la exótica Hong-Kong.

El ama de llaves llegó con un servicio de café y licores que Frank rechazó; no así ella y su secretario. Fue entonces cuando llamó el teléfono y el doctor Denkov fue a atender. Retornó casi en seguida, algo ofuscado, y dijo en inglés: -La perdió.



Aspera se hizo la mirada de Olga, y en seguida, cuando el doctor Denkov pasó ante ellos con "una tarjeta igual" a la que había dejado caer el gigante vestido de negro, Frank se inquietó.



Un minuto después, conversando frente a ella, maravillosa, hermosa, espiritual, el joven olvidó todo lo sucedido poco antes. Y se condujo como un aturdido universitario.



Por un par de largos minutos ella permaneció quieta, mirándolo. No parecía feliz.



Ella entreabrió sus labios cuidadosamente pintados: -El mar. Un largo viaje. Era una respuesta vaga, imprecisa. ¿Es que acaso el teniente podía satisfacerla? Trató de que hablara de algo más factible. Poco a poco ella se fue animando, y de pronto le dijo:




Sorpresivamente, él le dijo que la amaba, lo que sentía por ella, y cuáles eran sus planes.
¡ He estado loco por ti, Olga! Dime... ¿y tú?


Ella extendió su mano ricamente manicurada y le tocó la barbilla mientras contestaba: -También yo, Frank. En ese momento regresó el secretario, pidiéndole una entrevista urgente.
De acuerdo. Me marcho. La llamaré mañana. ¿ A esta hora?
A esta hora.


Por teléfono ella hizo un largo silencio cuando él -unas veinticinco horas más tarde- la pidió en matrimonio.
¿Que dice, Frank W. Woold?


Estalló fríamente la voz de la bella, pero el teniente insistió, repitiendo su pedido de mano, y agregando: -No creo que pienses que te quiero poco. ¡Es mucho mi amor, Olga! ¡Compártelo conmigo para siempre! Un nuevo silencio entre ellos.
¡Sí, sí, escucho, pero... !


¡Qué alegría, qué enorme esperanza para Frank, de haber visto esas lágrimas que asomaron en los ojos cuidadosamente maquillados de la mujer! Pero nunca llegaría a enterarse de que ella había llorado, siquiera en ese minuto.
No, no estoy enojada... Pero, mi amigo...


La vacilación de ella inquietó a Frank.
¡Debí preguntártelo personalmente! ¡Soy idiota! ¿O es que estás prometida...?

Ella deslizó su voz cálida, grave, cortando la pregunta de él.
No, no quiero a nadie, Frank. Sólo a ti. Eso es. Pero no me pidas que me case.


Y ella cortó la comunicación, dejando muy trastornado a Frank. El capitán Sabriet, que también trabajaba en la misma oficina que el teniente, lo observó sin parpadear. No le hizo preguntas. Prefería no hablar de aquella mujer. El sabía por qué.


Cuando el teniente dejó aquella noche su alojamiento, una figura penetró en el mismo, inspeccionando las ropas del oficial. Luego salió, perdiéndose en la neblina. Era una desagradable semana de mayo, y hacía días que la niebla azotaba a Hong-Kong.


En un rickshaw, Frank y su extraño amor pasearon por las poco concurridas calles de la ciudad, en esa noche hosca. Ella estaba pensativa. Tal vez como nunca...









Esa noche, ya en el Destacamento, fue llamado al despacho del coronel. William Richard le dijo secamente: -¿Ha procurado saber más acerca de la aristócrata rusa, teniente? Utilizaba un tono formal, desagradable. Tono que fue agravándose a medida que la conversación se agilizó.











Pasaron unos minutos antes de que Olga Ninanov se dejara ver. Su joven enamorado le hizo cien preguntas que se atropellaban unas a otras. Algunas de esas preguntas hirieron profundamente a la dama, quien murmuraba: -No tienes. . . derecho.

¿No? ¿Por qué? ¿Por qué me ocultas monstruosidades?

La zamarreó como si se tratara de un frágil pañuelo de seda.



Cerró los puños, pero no los pudo utilizar. Una fuerza súbita lo madrugó, arrojándolo sobre la cuidada alfombra verde. Cuando abrió los ojos, estaba temblando de frío, en un banco de cierta plazoleta ubicada en la confluencia de tres calles.



Tenía una herida en el cuero cabelludo, aparte de cierta hinchazón y un intenso dolor de cabeza. ¿Por qué en ese instante se acordó de la muy olvidada doctor a Rawber?



Tambaleándose llegó hasta un coche. Poco después llegaba al British Hospital. Su asombro no tuvo límites al escuchar lo que le decían en portería. La doctora Chid Rawber, la encantadora y abnegada mujercita inglesa, vivía prácticamente allí.



Cerró los ojos. No se sentía nada bien. Poco después, una figura esbelta, nerviosa, de angelical sonrisa, se plantó ante él.



Pronto iba a comprobar que Frank estaba herido de cierta consideración. Lo hizo transportar hasta una de las salas.



El desvanecimiento del hombre era como para abrigar ciertas sospechas. La doctora actuó como correspondía en la emergencia, telefoneando luego al coronel Richard.



Los pasos del teniente Frank W. Woold habían sido seguidos por dos hombres del coronel William Richard. Uno era el mismo capitán Sabriet.



Lo vieron llegar a Sun Avenue 46, el inmenso edificio que encerraba unos extraños secretos tras su fachada.



Cuando vieron que no se encendía ninguna luz en el piso de la sospechosa Olga Ninanov, y que el teniente podía estar corriendo peligro, penetraron en el edificio. Uno de los ayudantes de la misteriosa dama rusa se había llevado a Fred W. Woold por una puerta que daba a los fondos del edificio.



El señor chino que viera el teniente había sido detenido. Iba a tener que hablar, y bastante, sobre lo que llevaba encima. Un pequeño tesoro en morfina y cocaína.



Poco después, los ojos enormes y sorprendidos de la bella de Hong-Kong, escucharon al respresentante policial, diciéndole con fría cortesía: -Conocemos sus pasos miss Hedy Soundbess, de Boston, Estados Unidos de Norteamérica. Queda detenida.



Muchos días de búsqueda, dentro y fuera de Hong-Kong, premiaban con ese éxito al coronel William Richard, y al activo capitán Sabriet, quienes habían indagado incansablemente, en el pasado -pudo saberse que era muy turbio- de la hermosa y falsa aristócrata "rusa," salida de Boston...



...y hacia la proficua Hong-Kong, dos años antes. Un médico de Londres le había hecho un buen cambio en su nariz, antes algo prominente;su única falla en el hermoso rostro.



Abatido, extenuado ante esa avalancha de pruebas, el joven oficial, recuperándose rápidamente, sintió deseos de llorar.



El comprensivo, el paternal coronel Richard, murmuró con una suavidad poco común en él: -Yo también tuve veinte años, Frank. ¿Nunca le conté lo que me ocurrió en Sudáfrica, en 1900?



A dos pasos del lecho del teniente, la doctora Chid Rawber sostenía con harta facilidad, una sonrisa límpida, encantadora.



Advirtió la mano de ella muy cerca de la suya, y la tomó, apretándola tiernamente. En ese momento la doctora era para él -un chico que había jugado al héroe conquistador-, como una madre. Y las madres nunca dejan de proteger.



El coronel continuaba narrando una vieja historia que tenía interés sólo para él, que la había sufrido. En la vida del teniente Woold había otro rostro, bello y engañador. El de una mujer ambiciosa, que quería construir un imperio sobre la base de una espantosa mentira;de un juego endemoniado.



En ese juego, Frank había dejado un buen puñado de días útiles, y de noches de absurdos sueños.



Le había adelantado su plan de fuga. Iba a desaparecer a bordo de aquel "Shan-Shuo", que estaban preparando convenientemente.



Pero el joven oficial tenía amigos de verdad en Hong-Kong. Y ellos se multiplicaron en ayuda del inexperto enamorado.



En las noches de la siguiente primavera, se les vio muy seguido, muy juntos, al teniente Frank W. Woold y a la doctora Rawber. Y las malas lenguas -que abundaban en esa ciudad de China- decían que muy pronto iban a ser marido y mujer.



SONRÍA



- ¿ Quién le manda meterse a usted?



- Ese es el resultado de estar tanto tiempo sin llevarme a pasear, Jorge Luis.



- No te preocupes. La nena quiere practicar para cuando vaya al frente de la banda, en Carnaval.



- He cambiado de parecer. Puedes besarme, si quieres.

Dr. KILDARE

¿MÚSICA O MEDICINA?

Por KEN BALD











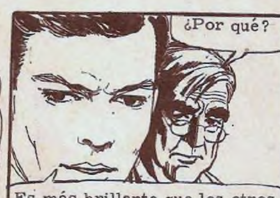


Un segundo más, y hubiera llegado tarde, doctor Clark.









"... es el hombre más dormilón que jamás haya conocido. Siempre está como si hubiese acabado de despertarse..., o como si no pudiera evitar dormirse en cualquier lugar."







¿Dónde consigue un hombre de ciencia tan desinteresado,tamaña suma de dinero?

—Yo mismo he fabricado el billete. Mira mi firma puesta en el ángulo inferior izquierdo. Bien, recuerda que entras de guardia a las doce de la noche, en punto.



Joel me reemplaza esta noche. Quédate tranquila, ¿eh?



¡Taxi!

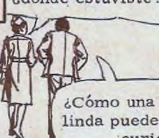
—A las 5 de la mañana, el exhausto doctor Barry "Bongo" Clark vuelve al hospital Blair.







Di algo que indique tu sorpresa ante mi puntualidad.
Francamente. . . ,he quedado muda.





-Sé que ustedes están mal pagos. Pe ro deben comprender que el sueldo que ustedes ganan representa el 65% del presupuesto del hospital. Estamos en una situación financiera apretada.

¿Alguna pregunta?
Soy Barry Clark, señor. ¿Hay alguna norma del reglamento que prohiba a un interno ganarse unos pesos en sus horas libres?



Oficialmente, el tiempo libre de que ustedes disponen les pertenece. Extraoficialmente, eso no me causa ningún agrado.
¿Por qué, señor?



¿Fui demasiado rudo con ese interno, Jim?
Le habló con una franqueza realmente brutal, señor.







Claro, claro. Un año de mísero internado, un par de años muriendo de inanición como médico residente... ¿ y después qué?

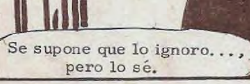
Ya sé... Casarme con una chica adinerada y conseguir que su padre me financie la carrera. ¿Es ése tu diagnóstico, enfermera?
No, Bongo...

¿Le guarda a alguien ese asiento, señorita Best?
Puede sentarse en él, si quiere, doctor. Y tiene una hermosa vista al escenario.



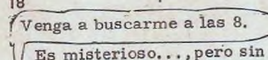











Venga a buscarme a las 8.


Es misterioso..., pero sin duda placentero.


¿A dónde, Ellie?
Doblamos en la primera esquina a la izquierda. Y vaya preparando la billetera.


Supongo que hemos llegado.
Entremos.


Siempre hay oscuridad en este lugar. No nos verá si nos sentamos atrás.
¿Quién no nos verá?


Y ahora, señoras y señores, la atracción de "The Living End". Lo que los amantes del jazz esperaban. El incomparable.., el sensacional... Bongo Clark.

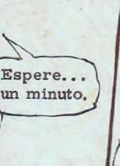

Eres grande, Bongo.
¡Oh, es maravilloso!
BONGO CLARK TRIO


Parece que les gusta.
¡Gustarles! ¡Están locos por Bongo! ¡Es colosal ese tipo!


¿Está segura de que él cree que usted no lo sabe, Ellie?
Nunca me lo dijo. Y no sé por qué.

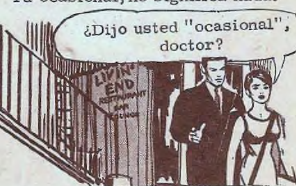

¡Más, Bongo! ¡Bis!


Será mejor que nos vayamos, Ellie.


Espere... un minuto.

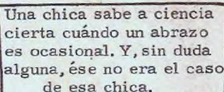

Me explico ahora, por qué Bongo no comparte su oculto santuario con la buena enfermera Ellie Best.


¡Bravo, Bongo. !
¡Bravo, Bongo! Fabuloso nombre para un héroe del Lejano Oeste. Colosal, ¿verdad?
Lléveme de vuelta, por favor.


—Escuche, Ellie... Que un músico sea abrazado por una admiradora ocasional, no significa nada.
¿Dijo usted "ocasional", doctor?
LIVIN' END RESTAURANT

Si ésa es una admiradora ocasional, entonces el resfrío es curable. No, Jim.




Una chica sabe a ciencia cierta cuándo un abrazo es ocasional. Y, sin duda alguna, ése no era el caso de esa chica.





¿Qué tal esos admiradores tuyos del "Living End", doctor? Y especialmente esa rubia provocativa envuelta en una estola de visón. . .

Con que mi pequeño secreto ha sido descubierto, ¿eh? ¿Cómo te enteraste? ¿Y qué es esa patraña acerca de la tal rubia provocativa? Vamos, dímelo.



-No. Seguramente te refieres a . . . ¿cómo la llamaste? ¡Ah, sí! La rubia provocativa con estola de visón.







. . . que no significa nada en el álbum de mi vida. Sinceramente, eres sólo tú la que me altera el pulso. Tú lo eres todo para mí.



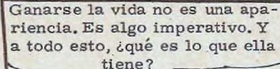
¿No me mientes, Bongo? ¿Esa chica es realmente una paciente?

Lo que menos quiero hacer es mentirte, Ellie.





Suéltame, doctor Clark. La medicina retrocederá en cien años porque te expulsarán del hospital si te ven en esta actitud tan poco médica.
Las apariencias son para los tontos, preciosa.











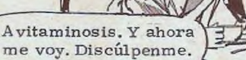


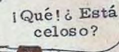






















...si los expertos cometen errores, ¿por qué no los cometería un interno?



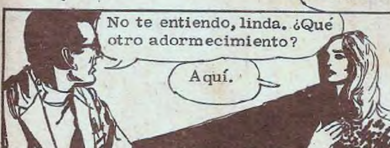


Tú dices que es brillante... Pues bien, entonces apreciará tu ayuda.

Lo que complica las cosas es su teoría de que lo quiero despojar de su chica, la enfermera Ellie Best.









Y bien, ¿ha conquistado la chica al muchacho?

No me tomes el pelo, Cynthia. Tú sabes que, si no fuera por mi agudo sentido del humor, pensaría que hablas en serio.





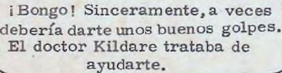
-Me encantaría. No porque me importe que esa tal Cynthia Fulánez se cure o no, sino porque el modo como Bongo reaccione ante su oferta, me servirá como indicio de lo que él siente realmente por ella.





¿Le han servido, señor?

Sí. No lo que pedí, pero me han servido.

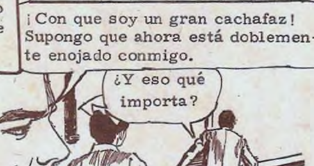




Sí. Es la clase de ayuda que podría esperar de mi peor enemigo. ¡Déjame!



Sí... Y yo tengo un consejo para el doctor Kildare: que me deje en paz, que deje en paz a mis pacientes y, si no es demasiado tarde..., que deje en paz a mi chica. Dícelo, ¿quieres?









¡Sí! Déjela tranquila, ¿eh? Porque no quiero que me echen de aquí por golpear a un superior. Y eso es lo que usted me está obligando a hacer.





Quiero que sepa dos cosas, doctor Clark. Primera, que si tuviera la menor oportunidad con Ellie, la aprovecharía...

-¡Franqueza muy plausible la suya!

Segunda, que no tengo oportunidad...

Pero siga insistiendo, que está a punto de conseguirla.



...y como ella lo quiere tanto a usted, nadie ni nada tiene la menor oportunidad, ¿entiende, doctor Clark?



Gracias por sus hipócritos elogios, doctor. De modo que Ellie me prefiere antes que a nadie, ¿eh?



¿Qué es realmente lo que lo atemoriza, doctor Clark?

¿Quién dice que estoy atemorizado? ¿Y de qué?



De que el tratamiento que le da a su paciente pueda conducirlo al tribunal de conducta profesional. Usted todavía no tiene licencia para ejercer la medicina.

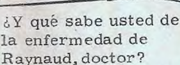
¿Quién la ejerce? Estoy tratando a una amiga, eso es todo. No hay ninguna ley que prohiba prestar ayuda al semejante, ¿verdad?



¡Y deje de fastidiarme! Salvo algunos detalles sin importancia, sé tanto de cirugía, neurología, patología y otorrinolaringología como usted.



-Pasé en la Universidad tantos años como usted y obtuve el mismo título. Conque, ¿quién lo ha autorizado a creerse mejor médico que yo?



¿Y qué sabe usted de la enfermedad de Raynaud, doctor?



¿Qué quiere decir con eso de la enfermedad de Raynaud... ?



Sólo me pareció que debía preguntárselo.



¿No se siente bien, doctor?

-Lo mejor que era de esperar. Acabo de exponerme a ser destruído por un tal Bongo Clark. Y quizá me lo merezca. Más me conviene dedicarme a la medicina interna y dejar la siquiatría a cargo de hombres más calificados.

Lo zaherí a Bongo, Ellie. Y él cree que lo odio. Pero también quedará reflexionando sobre una pregunta que le hice.



¿Qué pregunta?



Enfermedad de Raynaud..., enfermedad de Raynaud...

Bongo, quiero hablar contigo.

No puedo. Tengo una cita. Te veré más tarde.




Ya lo ve, doctor. Ambos hemos fracasado ruidosamente con mi adorado y ceñudo Bongo Clark.


¿Está aquí la señorita Cynthia Smart, Otto?
No. Es la primera vez que se retrasa cuando usted tiene que seguir tocando, señor Clark.
ENTERTAINMENT NIGHTLY
TAXI


¡Eh, Bongo! ¿Te acuerdas de nosotros? Tocamos juntos... casi siempre.
¿Eh...?¡Oh...! Lo siento... Estaba pensando en otra cosa...


La señorita Ellie Best desea verla, señorita Smart.
No la conozco. ¿Es alguna vendedora?


Vendo Bongos, señorita Smart. ¿Desea comprar uno?


Discúlpeme por entrar así de improviso, señorita Smart. Pero, como pensé que podía hacerle un favor, hubiera sido una lástima que me negaran la entrada y me impidieran verla cara a cara.


¿Quién es usted? ¿Y qué tiene que ver Bongo Clark con esta intrusión?
Soy Ellie Best, enfermera del hospital Blair. Bongo es... era... será... no es.. no lo sé muy bien... mi novio.


¿Su novio?
Sí. Y, aunque le parezca raro, la considero a usted "la otra mujer".


Si no es la señora de Bongo Clark, váyase de mi casa, por favor.
No hay ninguna señora de Bongo Clark... todavía.


Pero cuando la haya, esa seré yo, señorita Smart. Ahora suelte ese cordón y escuche. Puede ser importante para usted.


Usted no puede decirme nada que tenga la menor importancia...
¿Ah, no? ¿Y su salud, señorita? Puede ser que no la tenga por mucho tiempo.
¿Qué significa eso..., que no voy a tener salud por mucho tiempo?
Bongo la trata por avitaminosis, ¿verdad?


Sí...
Bien. Pues Bongo puede estar equivocado.







Si no tengo avitaminosis, ¿cuál es mi enfermedad?

Sobre eso quiero que hable con el doctor Kildare.

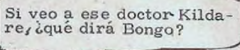




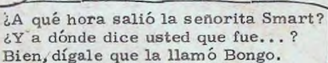





















Quiero hablar con usted, doctor. . . , si dispone de unos minutos.
La paciente espera, doctor. ¿Viene?


Lo veré dentro de media hora, doctor Clark.


¿Cuánto tiempo hace que siente ese adormecimiento en los dedos?
Hace algún tiempo. . . Creo que durante los dos últimos años.


¿Es. . . es la enfermedad de Raynaud, doctor?
Podría ser. Tendré que someterla a otras pruebas clínicas antes de poder decirlo con certeza.


¿Cuál es el remedio para esa enfermedad, doctor?
Depende de lo mucho que la afección haya avanzado, señorita Smart.

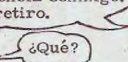

¿Puede volver mañana? Quisiera que mi jefe, el doctor Gillespie, la examinara.


(Kildare dijo que lo viera dentro de media hora. Ya no falta mucho.)



Recuerde, señorita Smart. Tiene que estar aquí a las 8 de la mañana.


¿Podemos hablar ahora, doctor?
Vayamos al hall de los médicos residentes.

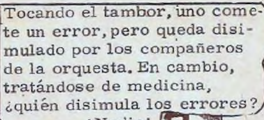


Esto no es fácil de decir, de modo que le pido que tenga paciencia conmigo. Me retiro.
¿Qué?
¿Qué significa eso de que se retira?
Le hablaré con franqueza. Soy un medicastro que se gana unos miserables dólares al mes, trabajando como un enano.
De modo que. . . dejaré la medicina. Seré un tamborero full-time. Así ganaré varios cientos de dólares a la semana. Usted lo entiende, ¿verdad?


Ulceras y anemia, o bien un departamento lujoso tocando el tambor. ¿Cuál de las dos cosas es mejor?


No puede abandonar la medicina ahora, Clark. Ya le ha dedicado gran parte de su vida.
Ya le he dedicado demasiado, doctor.









Tal vez no. . . , pero eso no afectará mi decision. Renunciaré, le pediré a Ellie Best que se case conmigo y luego me dedicaré a una vida de lujo.







. . . es el médico predilecto de Ellie. . . , después de mí.









Pero. . . abandonar la medicina, justo ahora que está a punto de terminar su carrera. Es peor que una locura. ¡Es un crimen!

















No, hagamos frente a la realidad. No tengo pasta de médico. Pero le agradezco su interés.

—De cualquier manera, no tendré que vivir de la caridad pública. Mi agente me ha asegurado un contrato de trece semanas de duración, con una ganancia de 525 dólares por semana.

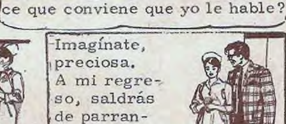
Ya no tendré que contar glóbulos, ni atormentar a los pacientes, ni emitir malos diágnosticos.





¿Por qué lloras, preciosa? No voy a desaparecer del mapa. Sólo salgo de gira. Y cuando vuelva, lo vamos a celebrar, ¿eh? Sonríe.

Yo... procuro, Bongo. En serio.





Flexione los dedos, por favor.




Firme aquí, hijo. Trece semanas a 525 por semana. No está mal, luego de haber ganado un sueldo de hambre en el hospital.

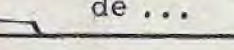

¿Notas el color, doctor? Rosado. . . , no blanquecino.
Sí. Lo he visto, señor.


Puede vestirse, señorita Smart. ¿Quieres venir, Jim?

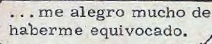

¿Sabes una cosa, Jim?
¿Qué, señor?
No creo que esa chica tenga la enfermedad de Raynaud.


¿Está seguro? Es decir, ¿de veras cree que no se trata de esa enfermedad?
Estoy seguro en un grado razonable.


Concuerdo contigo en que los síntomas son sospechosos. . . , pero no decisivos. Mi conjetura es que, luego de otros análisis, llegaremos a la conclusión de que esa señorita sufre de . . .

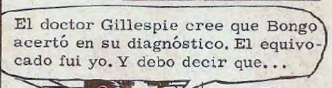



. . . avitaminosis. ¡Justo como Bongo Clark lo había diagnosticado!
¡Ellie! ¡Espere!


¡Bongo tenía razón!
¡Doctor, bájeme! ¿Qué dijo acerca de Bongo?




-Bien, nos encontraremos en el aeropuerto dentro de tres horas. Primera escala, Cleveland.
Está bien, Bongo.


El doctor Gillespie cree que Bongo acertó en su diagnóstico. El equivocado fui yo. Y debo decir que. . .


. . . me alegro mucho de haberme equivocado.


¿Por qué tanta prisa, Bongo? Todavía falta una hora para que salga el avión.
—No me gusta llegar a último momento al aeropuerto. Por eso voy ahora.



















Usted tenía razón, Bongo.

¿Razón... en qué? No entiendo qué significa este alboroto.



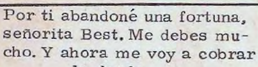






-¡Es... mi renuncia!













Ahora trabajará horas extra... en su nueva casa.

¡Ah..., ya veo!

FIN

RINCÓN ALEGRE



- Es la señorita del departamento de enfrente, querido. Quiere que le digas dónde puso su reloj, al acostarse, y dice que tal vez tú lo sepas.



el misterio de la mina abandonada

Intervalo Álbum 121 - 2/1966

Por J. M. FLYNN

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE GARCÍA









Una hora después, los muchachos estaban despiertos, y...

¿Así que es una falsificación?

¡Sí! Está muy bien hecha, pero el código de envase no concuerda y hay fallas en las etiquetas y estampillas.

















La hermosa rubia le hizo la pregunta sonriendo adorablemente.

¡Sí! No es una profesión muy lucrativa, pero por lo menos permite viajar y encontrarse con bellezas inesperadas.

Así conoció a Rhody. Ella trabajaba en el diario "Globo" y le ofreció prepararle el terreno en la redacción para que Dean hiciera una buena venta.

(Es un feliz acontecimiento conocer a esta muchacha. Visitando el diario puedo enterarme de muchas cosas. Además... es una belleza impresionante.)

Fue así cómo Dean comenzó a visitar la redacción del diario pueblerino. Sus averiguaciones no adelantaron nada hasta que conversando con el viejo encargado del archivo...



El dato del viejo encargado del archivo fue certificado por una fotografía publicada hacía veinte años en una edición especial del diario.






Sí, mañana seguiremos hablando de ese asunto.
No existía mañana para Dean Saarle.


Lo hallaron muerto, dentro de su habitación que presentaba signos de violenta lucha.
¡Se ve que se defendió brabamente!


¿Tiene algún dato que pueda aportar luz sobre ésto?
¡Ninguno! Salía mucho con Rhody, la ex-novia de su ayudante.


¿ Levangie?
Sigue siempre enamorado de Rhody, aunque ella lo rechaza sistemáticamente.


¡Es una suposición absurda!
Decía, nada más. El pobre hombre era muy correcto.


¿Cree, en realidad, que era corredor de libros?
Vendió muchos...


Al anochecer llegó a la población un nuevo forastero que dijo ser hermano del asesinado y que era un detective enviado para aclarar el caso. Dijo llamarse Ed Adams.
Mi hermano fue asesinado y es necesario que yo sepa quién fue el asesino.
Aquí nadie sabe nada. Si no le dan algún dato en el "Globo" donde iba todos los días. Por vender libros...y porque andaba medio enamorado de una empleada...,Rhody. Ella vive aquí, pero ahora está trabajando, y...


Ella antes estaba de novia con Levangie, el ayudante del sheriff, pero la verdad es que nadie cree que pueda ser él.
La verdad es que el pobre Dean debía estar sobre una buena pista.
Inscribiré su nombre en el registro,y...
(¡Qué cantidad de botellas de whisky tiene este hombre! Quizá detrás de su presencia bonachona...)



















En los ojos de la hermosa rubia había una pena imposible de atenuar.

Rhody lo llevó a un pequeño y limpio restaurante.



Tenemos algo muy especial hoy, Rhody.
Encargaron el almuerzo, y en tanto lo esperaban...


Mi hermano..., ¿la festejaba a usted?
Salíamos juntos, eso es todo. Creo que le gustaba, pero no pasamos de ser buenos amigos.


¿Le hizo alguna confidencia? ¿No sabe si alguno lo había amenazado o algo así?
No. Era un hombre tan simple... tan agradable que ...


Rhody calló. Se veía que hacía esfuerzos para no llorar.
Dejemos el tema. Y tratemos de aprovechar el almuerzo que allí viene.


Esta botella de vino es un regalo de la casa. Para que cuando se vaya de Seacliff lleve una buena impresión del pueblo.
Ed se sintió cómodo. El restaurante, Konrad y Rhody le hacían pasar un amable momento.


Pasaba hacia mi casa y me acerqué a darle una información, Ed. Si usted desea visitar la casa de la mina abandonada, vea al jardinero William. El suele ir a recortar los rosales, y ...
Siéntese a almorzar con nosotros.


No, mi vieja me espera. Quería informarle eso solamente.
¿La casa de la mina abandonada?


Creo que puedo confiar en usted, Rhody. Creo que mi hermano ha sido asesinado por alguien que tiene conexión con ese lugar y ...
Conozco al que cuida los portones de entrada...; varias veces ha venido al diario para hacer publicar avisos pidiendo mucamas.


Los dueños están en San Francisco, en estos momentos.
Me gustaría pasar y mirar un poco aquello.


El portero que conozco podrá hacernos visitar los jardines; no más, supongo.
No me gusta interrumpir un flirt, pero... Tenemos un postre helado que es una locura. ¿Les traigo dos porciones con chocolate caliente?


Tengo que visitar al sheriff, Rhody, y luego querría descansar un rato. ¿ La veo mañana?
Mañana tengo mi día libre; podemos visitar esa mansión que tanto le interesa.


Puedo darle un dato que he guardado en reserva. La bala que mató a su hermano era una Magnum calibre 44. Nadie lo sabe más que yo y el médico que la extrajo.
¿ Tiene idea de quién pueda usarla en el pueblo?


Ninguna idea al respecto. Además, puede haberla usado para este caso alguien que trajo el revólver que las carga. Y el revólver se ha ido con el asesino.


Rhody estaba muy elegante, llevando pantalones, cuando la encontró, al otro día, para iniciar la excursión.
Traje este revólver, Ed. Quizá podamos necesitarlo mentiéndonos en casa ajena.

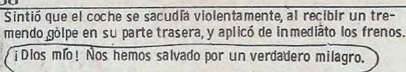

Tú indicas el camino.


Era un camino que bordeaba, por largo trecho, un precipicio de horribles proporciones.


Apura, Ed. Me da vértigos solamente saber que estamos cerca de ese tremendo agujero.
En aquella curva ya desembocamos a un camino más ancho.

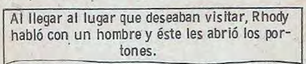

Un coche potente se les acercaba a mediana velocidad...


Y, al llegar a la curva ...
¿Qué pasa?


Sintió que el coche se sacudía violentamente, al recibir un tremendo golpe en su parte trasera, y aplicó de inmediato los frenos.


¡Dios mío! Nos hemos salvado por un verdadero milagro.
Han pretendido desbarrancarnos...


Síguelo, Ed.
Pero el coche les había tomado gran delantera, demostrando tener un motor potentísimo.


Al llegar al lugar que deseaban visitar, Rhody habló con un hombre y éste les abrió los portones.


Señorita Rhody, no hace falta que le diga que no debía hacer ésto.
Visitaremos los jardines, nada más. Saldremos en seguida.


No quiero complicarte más, Rhody. Quédate afuera...; yo trataré de forzar una ventana.
¡Cuídate! Creo que..., que hemos ido demasiado lejos. Yo ...


Le fue fácil abrir la ventana y saltar al interior.
Si mis deducciones tienen lógica, debo bajar al sóntao.


Este es el sótano; bien puede haber una puerta disimulada.
Golpeó todas las paredes y no halló nada. Pero al abrir un placard...


Aquí suena a hueco.
Accionó varios adornos del mueble, y uno demostró ser una manija.


¡Aquí está la mina abandonada! Falta saber si existe en su interior una destilería clandestina o todo ha sido solamente imaginación mía. La muerte de Dean luego de ver la fotografía...
¡Tire el arma!


El sonriente Konrad lo amenazaba con una pistola que apretaba a sus costillas.


Me imaginé que querría comprobar sus deducciones y por ello estoy aquí, esperándolo para acompañarlo. Sí, señor, existe allí una destilería clandestina que me ha hecho millonario. Mi pequeño restaurante es solamente una pantalla...















¡Es poderoso este pequeño revólver!
¡Por favor, Ed! Salgamos de aquí.















Usted y Konrad eran socios en ésto, ¿verdad? El fue quien intentó desbarrancarnos, queriendo librarse de mí y de usted, ¿no es cierto?










No... fue Konrad... Este era su revólver... Me lo prestó para esta contingencia.


¡Vamos!


Lo estaba esperando.
Ya me enteré de todo.


Ha hecho una buena pesquisa.
Gracias a usted. Usted dio la pista...


Lástima que Dean confió demasiado en Rhody.
Pues..., si necesita algo..., algún otro día, yo..., yo estoy a sus órdenes.


¿Cómo fue que desconfió de ese revólver pequeño?
La mano de Rhody no pudo aguantar el retroceso.

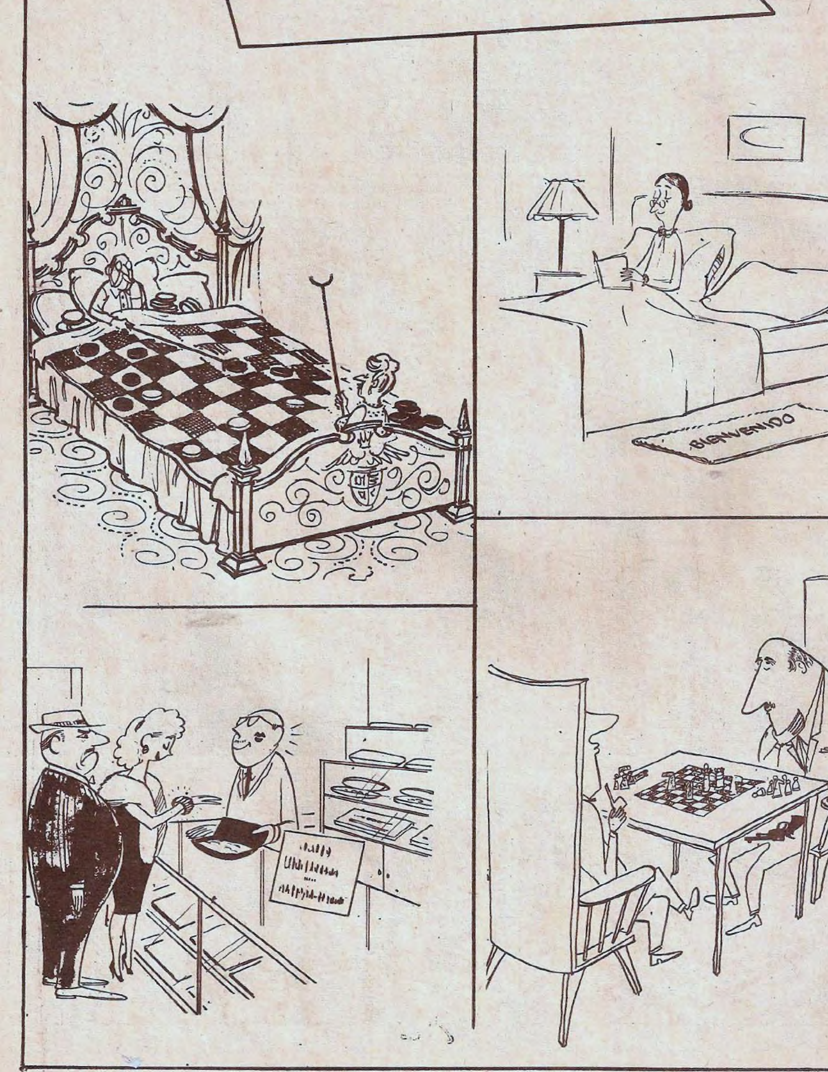

Pensé que había disparado una bala más poderosa que la que podía eliminar un arma tan sencilla.


Este es su tren... y ésta es mi mano.


Adiós... y gracias.


El tren se alejó, llevándose a quien descubriera el misterio de la mina abandonada.
FIN

SIN PALABRAS



CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

UN LARGO, ANCHO, PROFUNDO JARDÍN EN EL MAR

DIBUJOS DE VOGT

La capital de la isla Martinica, Saint Pierre, rica y floreciente, con sus fábricas y plantaciones y su población de treinta mil habitantes, se hallaba situada al pie del monte Pellé, que era un volcán apagado desde mediados del siglo anterior.









Luego se extendió un silenció de muerte. Las casas comenzaron a arder a causa del calor y de los gases que llenaban la atmósfera.



De toda la población sólo lograron quedar con vida tres personas: una muchacha, un zapatero y un recluso. Esta es la historia de esos seres unidos por una tragedia común y una misma desesperación: huir...





Los presos gritaban y se arrojaban contra los barrotes de la puerta de su celda pidiendo desesperadamente auxilio. La sala de guardia de la pequeña cárcel había quedado desierta.



De pronto uno de los reclusos logró hacer saltar la cerradura de su calabozo.



Aquel hombre puso en libertad a sus compañeros, entre ellos a Pablo Valdemesio. Todos salieron corriendo al patio. El aire caliente los abrasaba.



Cuando cruzaban la larga galería que los llevaba hacia el exterior, el techo cayó sobre ellos, alcanzando a varios reclusos que se desplomaron sin vida entre aquellos maderos llameantes.

Pablo corrió por las desiertas avenidas de Saint Pierre. Estaba en libertad y su idea no era solamente la de huir como lo hacían inútilmente los otros; su idea era la de dar con el hombre que lo había mandado a presidio.

Subió la larga calle que lo llevaba hacia el barrio comercial de los suburbios. Las casas se incendiaban. El silencio era pesado y trágico.



Por fin dio con la casa del zapatero Gastón. Volteó la puerta de un golpe. Gastón era el prestamista que lo había arrojado impunemente en la cárcel. Había llegado la hora de la venganza...



En la casa no había nadie. Salió. Una larga hilera de fincas incendiadas franqueaban los dos lados de la calle que iba hacia la costa. Pablo pensó en buscar a Gastón, en encontrarlo y vengarse.



Escuchó gritos desesperados. Venían desde la iglesia de San Bartolomé. Se detuvo. Una hermosa muchacha, vestida con un lujoso traje de novia, gritaba llena de angustia y de impotencia frente al templo derrumbado.



Pablo no le preguntó nada. De un empellón la tomó de una mano y se lanzó con ella a correr por la calle. Lola perdió entonces los zapatos. Estaba atontada. No alcanzaba a darse cuenta de lo que le ocurría.



En el puerto había muchas naves incendiadas. Algunos nativos intentaban cruzar aquella barrera de fuego y perecían en su desesperada empresa pues las barcazas se quemaban rápidamente.

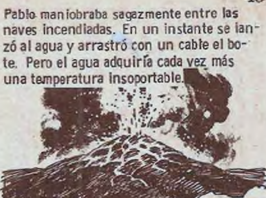


Estaban cercados. El mar parecía hervir. Pablo hizo subir a Lola en un bote y se lanzó hacia la apretada muralla de llamas y de humo que flotaba a lo largo de toda la costa.





Pablo volvió al bote. Fue entonces cuando un espectáculo fabuloso los enceguéció . Estallaba el volcán. Era un largo río de fuego que bajaba por las laderas de la montaña.























Estamos todos viviendo una gran tragedia. Olvidemos los viejos rencores.

Yo aquí soy el amo. Si no le gusta lo que hago y lo que digo, tírese al agua.





¡Miserable mentiroso!

¡Suéltelo!

¡Me ahoga!

¡Basura! Quiero para ti una larga agonía. Es fácil morir rápido. Fácil y justo. Tú no mereces ese premio.

El volcán volvió a sacudirse por violentas explosiones. El bote se alejaba mar adentro.



Le presté dinero para salvar su plantación de azúcar. Luego no me quiso reconocer la deuda.













Hubo un largo silencio entre ellos tres. El bote avanzaba a través de un mar extraño. El cielo se iba cubriendo de nubes obscuras.









¡Aquí yo soy la justicia, el amo, el patrón, el rey!

No se enceguezca. Podemos llegar a cualquier ciudad de la costa. Yo le serviré de testigo. Yo escuché cuando el zapatero Gastón reconoció sus faltas.

Pablo calló. De pronto las palabras que decía Lola le recordaban a las de su madre; las palabras que le había dicho el día en que descubrió en él esa rabia desesperante por ser un hombre fuerte y rico y poderoso.





Estuve siempre solo.

¿Y el amor? ¿No pensó en el amor? ¿En una mujer a quien amar? ¿En hijos? ¿En un hogar?

Pablo volvió a guardar silencio. Sabía escuchar. Sabía estar frente a la verdad y aceptarla como lo estaba haciendo en ese momento. El nunca había pensado en el amor. ¿Tenía tiempo aún para amar...?



Se aproximó más a ella. Aumentaba el viento. El bote se balanceaba peligrosamente. Escucharon un tremendo estampido. El volcán vomitaba sus últimas fuerzas. Sobre el mar estallaba un temporal.





Tenían una esperanza. Los dos, de pronto, tenían una esperanza. Gastón los observaba atentamente. Gastón estaba alerta. Repentinamente, a lo lejos, descubrió una mancha firme y obscura. Era la costa. Llegaban a un puerto. No podía esperarlo más. Tenía que actuar rápidamente.









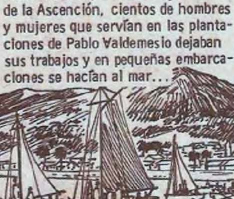


Fue inútil. Las olas atraparon el cuerpo sin vida de Lola y lo arrastraron hacia las profundidades del mar. Pablo y Gastón nadaron hasta una playa próxima.





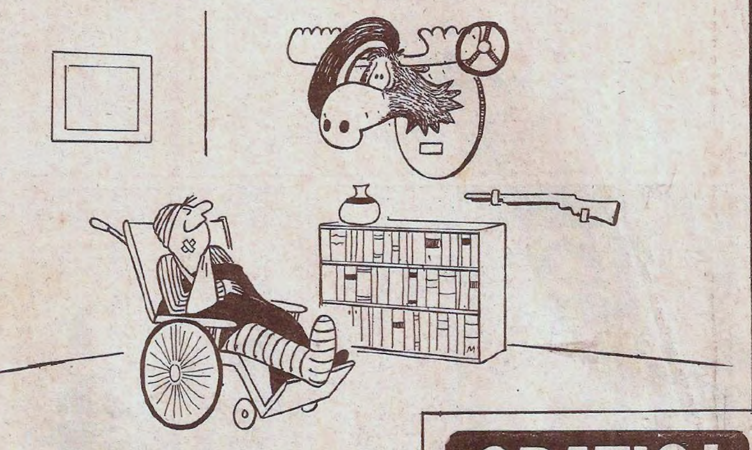
Desesperado por el remordimiento. Gastón se entregó a la policía. Pasaron los años. Pablo, que nunca se casó, llegó a ser un hombre inmensamente rico.

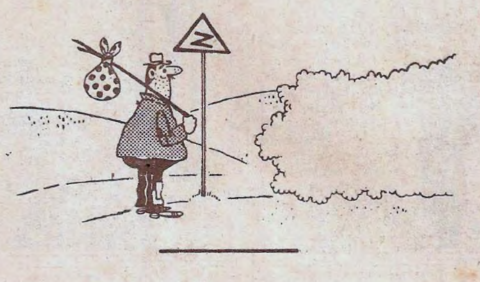


...arrojando a las aguas miles de flores blancas. Era un largo, ancho, profundo jardín sembrado en homejane de una mujer que le había enseñado a un hombre solo y triste, que en la vida existe un milagro llamado... amor.

FIN

SIN PALABRAS







GILBERTO

POR

Jules Claretie

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE GUILLERMO LETTERI

Arsenio Arnaldo Claretie, conocido en las letras por "Jules Claretie", disfrutó de la fama contemporáneamente con su hermano Léo, brillante historiador de la literatura francesa. Dentro de la misma actividad, Jules prefirió el periodismo y la novela. En este último género con "El guapo Solignan", "El señor ministro", "Una mujer de presa", etc. Nació en 1840 y murió en 1913.



El periodista Próspero Duchemin encontró una noche en el teatro a un pintor de talento, Gilberto Leroy, de quien había sido condiscípulo en el colegio de Carlomagno. Gilberto, que parecía triste y preocupado, miraba la escena con esa expresión vaga que no es una mirada.



Próspero le dió un golpecito en el hombro, y el otro, al verlo después de diez años, dejó escapar una exclamación de alegría. Jóvenes y guapos, ambos se habían querido mucho en otros tiempos, hasta que las circunstancias los llevaron por caminos diferentes.

No obstante, guardaban en su alma el germen fecundo de una profunda amistad, que florecía al sol del primer encuentro. Se sentían dichosos al verse de nuevo. El rostro de Gilberto se iluminó, y la fisonomía naturalmente sarcástica de Próspero tomó una expresión de jovialidad sin nubes.



Como el "vodevil" no les interesaba mucho, salieron al **foyer**, donde, sentado uno al lado del otro, dieron rienda suelta a sus confidencias. Duchemin había ya conquistado un nombre. El público leía con entusiasmo sus artículos y esperaba ansioso las novelas que tenía en prensa.





—Mis penas— contestó Gilberto— son penas tranquilas, cuyo aguijón se desgastaría si diera sobre un corazón fuerte. Sueño, busco, anhelo... ¿Qué cosas? No lo sé... Sombras, quimeras, la gloria, el amor... La vida es áspera para naturalezas como la mía, temerosas y tímidas. Mi padre...


..."no me quería, y perdí temprano a mi madre, que me adoraba. Si la hubiese conservado, tal vez hubiera hallado en ella las fuerzas que me faltan. En el corazón de las madres hay que buscar los secretos del alma de los hijos. Mi padre me había puesto en el colegio, donde me tuvo casi abandonado."


"Recordarás el día que concluímos los estudios. Tú estabas loco de júbilo; yo, en cambio, me mostraba abatido. Mis mejores recuerdos quedaban allí. ¿Qué hallaría en la casa desconocida a que tendría que dirigirme?"


"Aquella noche, cuando entré en la alcoba que me habían preparado en el hogar de mi padre, suspiré, echando de menos mi estrecha camita, en el largo dormitorio, y la dura almohada que sofocó mis sollozos de adolescente."
"Al día siguiente, mi padre me preguntó con dureza qué carrera pensaba seguir."
Deseo ser pintor.
Como quieras, caballerito. Mañana te conduciré al taller del señor Delaroche, y serás pintor.


"Por primera vez creí encontrar alguna bondad bajo la frialdad de mi progenitor. Me llevó al taller de Delaroche, y, en efecto, fuí pintor, como tantos otros, pero con mayores tormentos que la mayoría de ellos."
"¡Ah! También en pintura busco, anhelo y dudo. Todos mis cuadros me parecen de una medianía desesperante. Soy pobre, trabajo mucho y gano poco, pues como soy desconocido, me pagan muy mal. Sin embargo, en la última exposición he obtenido alguna mención honorífica, y los diarios han hablado de mí. Si continúan hablando durante diez años, no tendré que arrepentirme de la profesión que elegí."


¿Y cómo te quejas, si tienes tales esperanzas?
—¡Ay, amigo mío! Porque no tengo el amor... Búrlate de mí, por este sentimentalismo que quizá sea ridículo; pero, ¿qué quieres?, sólo una mujer ideal podrá reconciliarme del todo con mi destino.


¿La has buscado?
Di más bien que la he llamado, sin que acudiera a mi voz.


No pongas demasiado alto al amor, querido Gilberto. Digamos, más bien: ¡Vivan los amores, puesto que el amor ha muerto!
No, no ha muerto, y yo lo encontraré.



El extraño diálogo había concluído; y como también finalizaba el entreacto, los dos amigos volvieron a sus butacas. El telón se levantaba en ese momento, dejando ver una decoración que representaba un paisaje de los alrededores de París, y donde media docena de artistas, vestidas de "grisetas", cantaban couplets de moda.



Como la mayor parte de los espectadores aún no estaba sentada, aquellas actrices vieron en seguida a Próspero Duchemin, que avanzaba excusándose cortésmente por tener que molestar a la gente para llegar a su sitio, en el centro de la orquesta. Una de ellas le hizo un gracioso saludo, que...

...él retribuyó con una de esas inclinaciones y sonrisas rapidísimas, que escapan a toda la sala, y que tan bien recogen en el escenario las destinatarias. Después, Duchemin dijo unas palabras al oído de Gilberto, y las actrices, más ocupadas de lo que pasaba en la platea que de lo que se representaba en escena, se preguntaban quién sería el compañero del escritor.



Y Próspero clavó sus gemelos en una de las "grisetas".

Era bajita, morena, picante, de ojos negros y vivos. Cantaba con gracia, sonriendo deliciosamente. De toda su persona emanaba un encanto provocativo y singular. —¡Ah!—dijo Próspero—. ¡Es Marta Duval!



Marta Duval parecía conmovida al cantar su couplet, mirando con inquietud al director de la orquesta. Al terminar, giró rápidamente sobre sus talones y fué a colocarse junto a las compañeras que ya habían cantado. Gilberto la siguió con los ojos embelesados.



Te atraen los tipos picantes... ¡No tienes mal gusto, tunante!

No lo niego. Pero ¿qué ideas y qué ambiciones se agitarán en esa cabecita?

Si deseas saberlo, nada más fácil. ¿Quieres que invite a Marta a cenar después de la función? Vendrá con alguna amiga, y podrás estudiar más de cerca tu modelo.



Duchemin sonrió por la ingenuidad de su amigo. Terminado el acto, con uno de los acomodadores del teatro envió un mensaje a Marta Duval. Después, ambos salieron al bulevar y entraron en un restaurante, elegido para la cita.



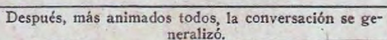
—Pronto podrás ver de cerca —adoctrinaba Próspero al pintor— a una de esas criaturas que suelen deslumbrarnos desde la escena, y que no son menos poéticas que otras, frívolas como todas las mujeres, ya insoportables, ya adorables, dispuestas a burlarse de todo y a enternecerse por nada, pájaros listos a volar a todos los vientos y a acercarse al sol que más calienta.



Duchemin acababa de ordenar una mesa de cuatro cubiertos, cuando entró Marta seguida de una mujer de más edad. Tendió la mano a Próspero, saludó ceremoniosamente a Gilberto, se dejó caer en un diván, quejándose de cansancio, y se quitó el sombrero. Entretanto, tomaba nota de la distinción y varonil belleza de Gilberto.



Durante el comienzo de la cena, Duchemin hizo todo el gasto de la conversación. Marta no se sentía muy a gusto junto a su silencioso compañero, que experimentaba la vaga angustia que suele unirse a los sueños más deliciosos.







De pronto, Marta sacó de su bolso un diminuto cortaplumas, cincelado como una joya, y se puso a jugar con él.

¿Quién te ha dado eso?

Ya lo sabes.

—A mí no me gusta que me regalen armas; un regalo así corta la amistad —afirmó gravemente Deseada. Gilberto respondió con una sonrisa, pero miró con cólera el cortaplumas. "Después de todo, qué me importa quién le hace obsequios a esta mujer", se dijo para consolarse. Y, recobrando la alegría, se puso a conversar con ingenio.

Marta, lisonjeada por los cumplidos que Gilberto le dirigía, respondía con amables sonrisas. Hablaba poco, pero sus bonitas manos, su elegancia y su juventud hablaban por ella. Gilberto la encontraba más interesante vista de cerca que en el escenario, y se embriagaba contemplándola.



Por fin, Próspero dió la señal de partida; ofreciendo el brazo a Deseada, dejó pasar a Marta, que se apoyó graciosamente en Gilberto. En la calle hacía un frío horrible, y delante del restaurante había estacionados varios. coches.





Las dos mujeres tendieron amistosamente las manos a los amigos, y subieron en uno de los carruajes, que partió en seguida. Gilberto lo siguió largamente con la vista, como si en aquel vehículo se fuese algo suyo.





Próspero se excusó, pues se sentía un poco cansado, y los dos amigos se separaron con la promesa de volver a verse en breve. Gilberto marchaba lentamente. Una extraña cólera empezaba a adueñarse de su ánimo, arrepentido de haber entrado, aunque fuera por un instante, en una sociedad que no era la suya.

Tenía miedo de los sentimientos nuevos que acababa de experimentar. Se había encontrado mal vestido, bajo la mirada investigadora de Marta, y había sentido alzarse en él todo un mundo de aspiraciones, adivinando la dicha de ser rico. Con dolorosa ansiedad se preguntó si volvería a ver aquel bello rostro.

Sí, debía volver a verla. Despreciando sus propios razonamientos, al día siguiente estuvo de nuevo en el teatro, devorando a Marta con los ojos y enviándole el alma con la mirada. Marta, llena de orgullo, le contestó con una sonrisa.





A la salida, la esperó para decirle algunas palabras apresuradas, que ella apenas contestó. La escena se repitió varios días, hasta que Marta le dijo que ella también lo amaba y lo citó en su camarín.



Al verse a solas con ella, el joven cayó de rodillas, y su dichosa emoción le cuajó de lágrimas los ojos. Estos extremos conmovieron profundamente a Marta, que, como se comprenderá, no estaba acostumbrada a tales amores.

Desde aquel día, Gilberto pareció transformarse. Iba y venía alegre y gozoso, pisando firmemente, como un conquistador, y aspirando con delicia el aire de aquel París en cuyo festín tenía ya su puesto. Entonces notó que su naturaleza, algo tímida, encerraba tesoros de energía. Redobló el ardor de su trabajo, en...

...concepciones más hermosas y más extensas. Sintiéndose feliz, recordaba sus antiguas tristezas para compararse con un prisionero súbitamente liberado.



Marta gozaba con aquella dicha que la conmovía, sin que acertase a explicársela, cediendo a su encanto y vencida por la pasión de aquel muchacho, que hacía vibrar en su corazón fibras que ella había creído inexistentes.



Sin embargo, Marta conservaba la suficiente sangre fría para pensar que se detendría en cuanto aquel capricho la cansase o amenazara llevarla demasiado lejos; y mientras que para Gilberto aquella pasión era la vida, Marta calculaba, aun en medio de su entusiasmo, que muy pronto habría que poner la palabra "fin" a esa novela.

Duchemin, confidente del amor de Gilberto, no quiso turbar su alegría con observaciones demasiado crudas, pero se sintió en el deber de prevenirlo de alguna manera. — Figúrate —le dijo— que has encontrado no un diamante, sino...



... un pedazo de **strass**, que no es una piedra preciosa, pero que no por eso deja de ser bonita y de desempeñar su papel, al punto de engañar muchas veces al más experto... Piensa que un **strass** no merece ser guardado en un estuche tan precioso como es el corazón de un hombre. Perdóname este lenguaje, que" . . .

...no quiere decir que Marta no puede darte dos o tres meses de auténtica felicidad.

¡Te burlas! Marta y yo nos amaremos toda la vida.



Pero Próspero Duchemin no bromeaba, pues veía con disgusto que Gilberto tomara en serio lo que no podría ser más que un capricho. Encogiéndose de hombros ante tales apreciaciones, el pintor pensaba con deleite en la casita que había alquilado en las cercanías de París. y...



...a la cual llegaba Marta con el pecho palpitante. La confortaba poder respirar el aire puro del campo, después de las jornadas de labor en el teatro.



Algunas noches la obscuridad era densa, y sólo los farolillos de las barcas amarradas a la orilla del Sena iluminaban, con tenue claridad, el camino que conducía hasta la casita. Marta se reía; pero el miedo hacíala estrecharse contra el brazo de su amado.



En las mañanas que seguían a estas escapatorias, ambos volvían a la ciudad: Marta, para los ensayos y funciones del teatro; Gilberto, para trabajar en su taller.



El se sentía verdaderamente artista desde que estaba enamorado. Sus pinceles obedecían a su pensamiento con pasmosa docilidad. El camino que conduce a la gloria se abría frente a él, suficientemente amplio para contener el amor al arte y el amor a Marta, que se fortificaban recíprocamente.



Otros pensamientos solían agitar a la joven, que un día no vaciló en insinuarlos.



—Por nada —contestó Marta evasivamente. Pero la cuestión que había planteado quedó como una espina clavada en el alma de Gilberto. Duchemin, al visitarlo en su estudio, lo encontró ocioso frente a los pinceles. Gilberto le repitió el diálogo a su amigo y quiso saber cómo interpretaba la frase de Marta.







—Tú, sí... Por lo mismo, es necesario que rompas con ella inmediatamente, sin hesitar. Vamos, razonemos, mi buen Gilberto. ¿Qué más puedes pedir a una pobre chica que te ha amado, pero que no podrá seguir esclava de tu tiranía, porque necesita algo más que comidas campestres? Marta...







Duchemin se retiró, y Gilberto quedó más disgustado que antes; sólo que ahora su disgusto se volvía también contra su amigo, a quien achacaba un escepticismo malsano. Esa misma noche, al volver a hablar con Marta, le preguntó qué había querido significar con su inquietante pregunta de horas antes.

Marta no se acordaba ya, ni quería volver sobre el tema, porque estaba loca de júbilo a causa del papel que le habían asignado en una comedia próxima a estrenarse. Su alegría la hacía más encantadora y cariñosa que de costumbre; Gilberto, extasiado, pensaba que Duchemin, profeta siniestro, era quizá un envidioso de su ventura.



Al día siguiente, Marta tenía asueto, y brillaba un sol deslumbrador. Los dos amantes se fueron a Meudon, como dos colegiales escapados. Buscaron en el pueblo la posada más retirada, en cuyo alegre jardincito almorzaron una tortilla, chuletas y vino tinto. Como tenían hambre y estaban contentos, todo les parecía exquisito.

















—¿Yo!— protestó Gilberto; y, para justificarse, contó lo ocurrido en Meudon. Pero Deseada añadió: — ¿Y os extrañáis de lo que os reveló Marta? ¿No es una cosa natural? Marta es una buena persona, que bien educada habría sido una madre de familia trabajadora, honrada y cariñosa. Mas al dedicarse al teatro...



...yo aconsejaría a todo joven apasionado que no disponga de fortuna, que nos aplauda, que nos salude, pero que no nos ame jamás.



Gilberto escuchaba aterrado; aquel lenguaje era demasiado parecido al que había oído en boca de Próspero Duchemin. Comenzaba a sentirse muy desdichado, cuando vió salir a Marta y corrió hacia ella.



La joven le sonrió, no sin ese tinte de reprensión que saben usar las mujeres, hasta cuando son ellas las que han ofendido, y Gilberto tuvo que excusarse... Partieron juntos como de costumbre, libres de toda desazón.



Pero, después de las nuevas horas de embriaguez, en la soledad de su trabajo eran inevitables razonamientos sombríos. Comprendía que se había dejado arrastrar por la fascinación del teatro visto desde la platea. Al penetrar entre bastidores se descubrían las telarañas, los pasillos...

...lóbregos, la humedad de los muros, las sucias escaleras. Y también era fuerza preguntarse de dónde salía el dinero para comprar los vestidos de seda, los abrigos de pieles, los sombreros de lujo, que contrastaban con aquellos aspectos del cuadro.





Ocupado hasta entonces sólo de amar, Gilberto se veía enfrentado a una realidad que las palabras de su amigo Próspero, de Deseada y de la propia Marta poníanle violentamente ante la vista.



¡Oh — se decía —, si yo fuese rico!" Y soñaba que arrebataba a Marta de su existencia aventurera y la colocaba como un ídolo en medio de los esplendores del fausto, haciéndola dichosa, libre, digna... Pero recordaba su pobreza, y el desaliento volvía a abatirlo. Entonces proyectaba casarse con Marta, darle su nombre honrado, y...

...el espectro del pasado de aquella criatura de veinte años se erguía, desafiante e intimidador. Entretanto, Gilberto y Marta continuaban encontrándose todas las noches a la salida del teatro y frecuentando juntos la casita de orillas del Sena.



En una de esas ocasiones, Gilberto, que aguardaba con la vista fija en la puerta de acceso de las artistas, retrocedió consternado. Marta salió del brazo de un desconocido, con quien subió rápidamente a un coche.

En los primeros momentos, el estupor le impidió correr tras ella; había quedado como petrificado. Luego le pareció que la tierra se abría bajo sus pies, y tuvo que apoyarse para no caer. Le pareció, en eso, que una voz le hablaba con dulzura.





Gilberto no respondió y se alejó con paso vacilante, como si estuviera borracho. Transeúntes, coches y luces danzaban fantásticamente alrededor. Entró en su taller y maquinalmente se asomó a la ventana.



Todos los ruidos de la gran ciudad llegaban hasta él; y con cada uno un recuerdo que irritaba su dolor. No obstante, permaneció en la misma actitud hasta que todos los rumores cesaron, tragados por la noche.



Un pensamiento empezó a obsesionarlo: verla, echarle en cara su deslealtad, volcar en denuestos la cólera que lo ahogaba. Febrilmente escribió una carta. Cuando la terminó, era ya de día, y corrió a echarla en un buzón sin leerla.



La llamaba, seguro de que ella acudiría, y, en efecto, Marta se presentó en el taller. —No hubiera debido venir— le dijo entre seria y risueña — porque tu carta tiene un tono de autoridad que no me gusta. A pesar de todo, he querido complacerte.







—¿Para esto me has hecho venir? —dijo Marta, y se marchó bruscamente. Gilberto permaneció un rato mirando la puerta que había quedado abierta. Después se lanzó a la escalera y gritó con verdadera desesperación:—¡Marta! ¡Marta!

Pero la fugitiva ya no podía oirle. El pintor volvió y se dejó caer en el lecho. Así lo encontró Próspero Duchemin dos horas más tarde. Sin sorpresa, oyó lo que había pasado. —Es lo mejor que pudo ocurrir —afirmó—. Estarás ocho días desconsolado, y al cabo te consolarás trabajando. Es necesario...



Era una forma de cortar la conversación, y Próspero no insistió.



Se sucedieron para Gilberto días de demencia. Escribía cartas que no mandaba; acechaba en vano la casa en que vivía Marta; la esperaba a la salida del teatro, y a la hora indicada se retiraba, sin coraje para verla con otro.



Una noche tuvo coraje para llevar hasta el fin su suplicio. El gas le daba de lleno, iluminando su rostro pálido y descompuesto. Marta tuvo miedo y se apretó contra el Conde, que la llevaba del brazo. ¡Gilberto conocía bien aquel movimiento medroso!

Transido de celos impotentes, corrió a su casa y se echó a llorar. La vida siguió siendo para él un tormento, que aumentó al saber que Marta había pasado a vivir en la residencia del Conde Bogdanoff. Sus pinturas se secaban, sus lienzos se cubrían de polvo. Sólo dibujaba cabezas de mujer, todas semejantes...



Sin embargo, como necesitaba comer, malvendió todos sus cuadros. Al cabo de un mes de separación, se decidió a escribir y enviar una carta. No obtuvo respuesta, y siguió escribiendo una tras otra. Entonces Deseada fué a él y le dijo: —Dejad tranquila a Marta. No puede oír hablar de vos.



Gilberto adivinó que la expresión era precisa y veraz, y quedó aterrado y furioso. Más que nunca, quería ver a Marta. Supo que Bogdanoff estaba fuera de París y, presentándose audazmente en su palacio, penetró hasta la habitación de Marta.





. . ."yo desapareciera de vuestro camino y devorara en silencio mi dolor y mi rabia. ¡Pero no! ¡Os perseguiré, me tendréis siempre a vuestro lado! En el teatro os estaré mirando fijamente, escudriñando vuestras miradas, analizando vuestras sonrisas, adivinando vuestras lágrimas secretas. En la calle. . .



...seré vuestra sombra. Me sentaré a la mesa de vuestras orgías. Estaré bajo las ventanas de vuestro "boudoir" y os acompañaré en vuestros paseos. ¡Seré un perseguidor, un espía, un verdugo!"



¡Esto es demasiado! ¿Con qué derecho?... ¡Nada os prometí, y os di mucho! ¡Marchaos, pues, y dejadme vivir mi vida, a la que nadie puede acercarse sin dinero!



Marta calló de golpe, espantada por la expresión que había cobrado el rostro de Gilberto. Juntó las manos, dobló. . .





Gilberto sacudió la cabeza, cubierto de un sudor helado, y, mirando a aquella mujer con supremo desprecio, dijo, rechazándola con el pie: — ¡No vales la pena!



Dos días después, Próspero Duchemin supo que su amigo Gilberto Leroy se había "vendido" para el ejército como substituto. Casi al mismo tiempo, Marta Duval recibió una carta que le hizo fruncir el ceño. — ¡Todavía! —murmuró entre dientes.

Rompió el sobre en que había reconocido la letra de Gilberto y leyó: "Ahora sé que lo que creí amor eran atenciones que cuestan dinero. Me he vendido para poder pagaros. Estamos a mano."



La carta no estaba firmada, pero contenía dos billetes de mil francos. — ¡Ah! —dijo Marta con alegría, guardándolos—. La baraja no me engañaba ayer cuando me anunció buena suerte. . .



PÁGINA ALEGRE





- Aquí tienes un poco de chocolate. Esto te calmará un poco el apetito.





- ¡Miauuu!

EN LA ENCRUCIJADA

HOY: "Y EN SUS JARDINES, FLORES Y NIÑOS QUE JUEGAN Y RIEN."

Por JOSEPHINE BERNARD • DIBUJOS DE O. MORAGA

Muchas veces la vida nos pone ante varios caminos, inciertos, confusos, llenos de dudas. En otras ocasiones, ni siquiera eso. Aparentemente no hay caminos... En estas páginas, JOSEPHINE BERNARD, la celebrada escritora de radio y televisión, ha novelizado un humano problema del cual ha tomado conocimiento a través de una correspondencia recibida.

Para la señora Ana G. de Rivage, que al abrirnos su corazón nos suministra el tema para la siguiente "Encrucijada", muchas gracias. Confiamos en que una revisión de los acontecimientos la ayudará a seguir adelante.

Intervalo Álbum 121 - 2/1966







En el subsuelo, nos apretujábamos los inquilinos de una casa de cinco pisos. Algunos niños lloraban. Quien más, quien menos, tratábamos de localizar la distancia a la que caían las bombas; mientras rogábamos que, ya que caían, cayeran al menos lo más lejos de nosotros. Alguien solía dejar escuchar un rezo.







Julia sólo podía decir: "a mi hija", pues Pierre, mi yerno, estaba en el frente. Julia había conocido a Pierre en Lyon, durante el viaje que habíamos llevado a cabo para conocer a parientes de mi padre. Esto había sucedido años atrás, determinando que yo también me quedara en Francia con la flamante pareja.


Como respondiendo a mis pensamientos, Julia me dijo:
Aún sabiendo lo que iba a suceder, volvería a casarme con Pierre.


No temas. Si está escrito que vivamos, viviremos, y si está decidido que debemos morir, moriríamos adonde quiera huyésemos.


¡Las sirenas otra vez! Ya podemos salir de aquí.


Salir. No sólo de allí, sino de Francia era lo que yo quería, pese a los razonamientos de Julia. Pero, no salir sola. Sola pude haberlo hecho; pero aguardé hasta que las circunstancias nos permitieron salir a las tres.


El aspecto de mi hija durante la travesía fue lastimoso. Acodada en la borda miraba al mar, mientras repetía lenta y mecánicamente.

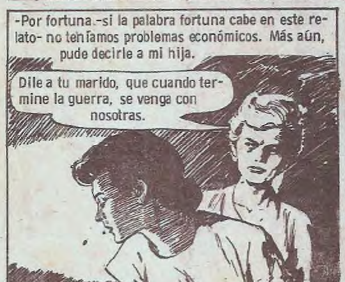



Cada vez estamos un poco más lejos de Pierre.


Un día me suplicó.
Atiende a la niña.


Temo que se me caiga de las manos. Mira cómo me tiemblan.
Es el recuerdo del horror que vivimos.
–Es la distancia que me separa de Pierre.


La pena que me daba ver a mi pobre hija en aquel estado, se vio en cierto modo compensada. Me volví a sentir madre atendiendo a la pequeña Dedé.
Es tu vivo retrato.
Si te fijas un poco, a quién más se parece es al padre.


-Por fortuna.-si la palabra fortuna cabe en este relato- no teníamos problemas económicos. Más aún, pude decirle a mi hija.
Dile a tu marido, que cuando termine la guerra, se venga con nosotras.


Mientras no encuentre un trabajo que le convenga, podría administrar lo que yo tengo.
No me lo imagino a Pierre dejando su patria.


Tiene allí a toda su familia. Además, ya sabes que es la mujer la que tiene que seguir al marido.













La niña entendía y no protestaba. Era adorable y yo estaba dispuesta a seguirla a ella y a mi hija. En Francia o hasta el lugar más distante de la Tierra.



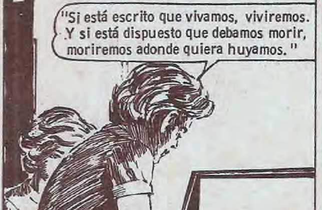
















¿Fue a buscar a papá? ¿Porqué no vamos con papá y mamá?

Dedé no podía volver a ver a su madre, pero sí, volver a su padre. De que él la reclamaría, estaba segura, ya que todas sus cartas dejaban traslucir sus ansias de ver a la niña.











Al salir del correo me detuve. Tuve deseos de entrar, pedir que me devolvieran la carta, pero una fuerza superior a mi voluntad me impidió hacerlo.





















Hubiera preferido seguir pareciéndome a mamá. Mamá era bonita.




Se ven francamente feas. ¿Sabes si se casaron?
No. No sé nada.


Si son tal cual se ven en la fotografía, han debido quedarse para vestir santos.


Hace algunos meses, a poco de haber cumplido sus veintidós años, encontré a mi nieta pensativa.
¿Te preocupa algo?


Pensaba qué cosa podría hacer yo. Quiero decir, qué trabajo.
¿Qué necesidad tienes de trabajar?


Por suerte mis rentas han crecido bastante y por el camino que van, casi puede decirse que no tardarás en ser rica.
No es eso, abuela.


Es que debo encontrarle algún sentido a mi vida. Presiento que no me casaré.
No digas tonterías, ¿quieres?


De todas mis amigas, soy la única que no tiene novio ni pretendiente.


En los bailes soy la última en salir a bailar, y en la calle, sólo escucho los piropos que les dicen a las otras.


No me siento en condiciones de decir si mi nieta exagera. Yo la encuentro bonita. Creo que esa idea de que sus tías a quienes dice parecerse, son feas, y debieron quedarse para vestir santos, le ha hecho imaginar, desde muy niña, un destino similar.


No obstante, he comenzado a sentir miedo. Miedo de que tenga razón. De que sus temores se cumplan. De que a mi muerte, quede sola.


(¡De hoy no pasa! ¡He dicho que de hoy no pasa!)


Ese mismo día me dirigí a la Embajada. Al cruzar el umbral, sólo pensaba en mi nieta, sin preguntarme qué calamidades podía echar sobre mí. Suministré datos, fechas...







Estuve a punto de decir que la espòsa de Pierre había muerto y que su hija estaba a mi lado, cuando comprendí que se referían a otra esposa y a otra hija.





¿Cómo no se me había ocurrido pensar que podía suceder algo así? No lo sé, ni importa ahora. Lo que importa es que siento que mi vida no puede ser eterna, que puedo morir y que Dedé, mi pobre, mi querida Dedé a quien en un arranque de locura privé de su padre, puede quedarse completamente sola.



Ana G. de Rivage, se autocalifica con los más duros adjetivos, sin dejar de sostener que ha debido estar loca. Quiere remediar en lo posible lo hecho, pero no sabe cómo. Insiste en cosas como éstas: "Me queda poco tiempo de vida. Me aterra la idea de haber condenado al ser que más quiero a la soledad".



Si dijéramos que esta señora no está en una verdadera encrucijada, faltaríamos a la verdad. Pero, en lo que no estamos de acuerdo, es en que no tenga salida. Siempre hay una salida. Por eso, a continuación, vamos a finalizar este auténtico relato por nuestra cuenta; imaginando que Ana G. de Rivage comienza a dirigirse hacia esa salida.



















Durante días, o quizá semanas, es probable que Pierre no hable del asunto y se encierre en su mutismo y en sus habitaciones.













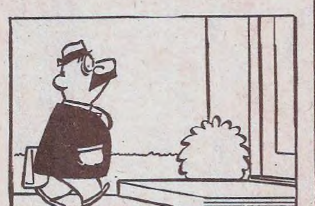

Todo esto llevará algún tiempo, aunque no demasiado. También llevará algún tiempo el que Dedé comprenda y se adapte a la verdad.
¿Pero por qué hizo todo eso, abuela?
Por no perderte.

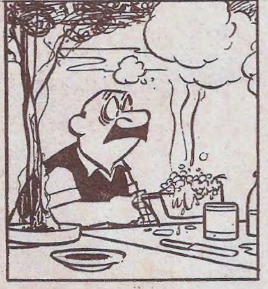

Muerta tu madre, le pertenecías a tu padre. Un día u otro, te hubiese reclamado.
Desdé ha sido feliz. No tiene resentimientos. No es pues tierra fértil para el rencor. Como su padre y los suyos transitará por el asombro, el estupor. Pero todos concluirán por comprender y perdonar.


Y así como hemos transitado con la imaginación por ese futuro que le deseamos, trate usted, amiga, de imaginar los lugares que viera destrozados por los bombardeos. Pero imagínelos en el presente y verá nuevos edificios y en sus jardines, flores y niños que juegan y ríen, en reemplazo de aquel horror.


Y como no sólo las ciudades sino también las vidas pueden reedificarse sobre bases más sólidas, siga imaginando que en aquel lugar se reunirán, en breve, el padre, la hija y usted, bajo la mirada un poco asombrada de quienes hoy forman el nuevo hogar del veterano de la guerra, Pierre Duclós.
FIN

Juan Cepillo





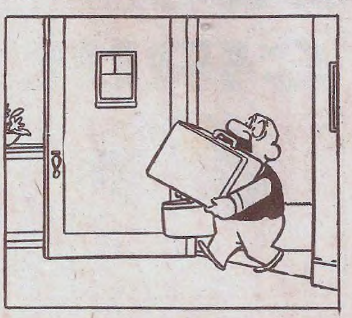
















un sobre rosa perfumado

Por GONZALO HERNÁNDEZ

Intervalo Álbum 121 - 2/1966

DIBUJOS DE J. PÉREZ DEL CASTILLO



En primera instancia, la actitud de Jorge, postergando su boda con Alicia, pareció a ésta muy natural. La madre de su prometido se hallaba algo delicada de salud y el hijo, por recomendación médica, deseaba evitarle toda suerte de emociones. La señora terminaba de superar...

...una crisis cardíaca y el facultativo prescribió reposo absoluto. La joven novia habíale dicho luego de escucharle:



Pero acontecimientos posteriores hicieron dudar a Alicia respecto a las razones expuestas por su prometido.



Era el cartero. Tomó el sobre rosa que éste le entregaba y cerró la puerta de calle. La carta estaba dirigida a Jorge. Maquinalmente olió el sobre.

Profundamente afectada llevó el sobre al escritorio de su novio y luego retornó junto a la madre. Esta había concluído el desayuno.



Alicia cumplimentó maquinalmente el pedido. No podía apartar de su mente ese sobre rosa perfumado.



La joven llevó el servicio a la cocina y mientras lo limpiaba, sus pensamientos seguían fijos en la carta.



Comenzó a imaginar palabras escritas por la dueña de esa letra bastante irregular que trazara en el sobre el nombre de Jorge.



"... quien escribió esa carta esté relacionada con la actitud de él! No es correcto lo que estoy pensando, pero he notado que algo... "



Durante horas luchó contra la tentación que la torturaba. Ansiaba leer esa carta. El deseo llegó a trocarse en obsesión.



Sin meditarlo más, y con todo el sigilo que le dictaba su sensación de culpabilidad, puso al fuego un recipiente con agua...



... mirándolo con ansiedad mientras esperaba que el líquido entrara en ebullición. Cuando las primeras burbujas comenzaron a formarse en la superficie...



... se dirigió al despacho de Jorge en busca de la carta. Al trasponer la puerta se detuvo, alarmada.



Vio cómo él introducía rápidamente la carta en uno de los bolsillos de su saco.



"...hacer la lista de los artículos de almacén". Fue lo primero que se le ocurrió para excusarse, pero él dudó.





Ya en la cocina, y mientras Alicia revisaba la alacena, Jorge no dejó de advertir el recipiente donde hervía el agua.



Jorge levantó la tapa de la tetera que reposaba sobre la mesa.



Ella comprendió que iba de error en error. No obstante halló un excusa.




Luego de ayudarla, Jorge fue a saludar a su madre y más tarde se encerró en su escritorio. No le satisfizo la actitud de Alicia, sospechando que la misma estaba relacionada con ese sobre rosa perfumado. ¿Sería posible que su novia estuviera dispuesta a...


...violar la correspondencia que le estaba dirigida a él? Recordó la carta y la leyó. El color desapareció de su rostro.
(¡Dios mío! ¡Gracias por haberme permitido impedir que Alicia leyera esta carta!)


Con mano temblorosa tornó a introducir la misiva en el sobre y lo reintegró a su bolsillo. Luego levantó el auricular telefónico.


(¡Debo hablar rápidamente con Lucía! ¡Ella debe confirmarme lo que me dice en la carta!)


Empero, el destino seguía tejiendo la madeja del drama. Alicia, en el comedor, adonde existía una derivación telefónica...
(Hablaré con Lidia para pedirle consejo, ahora que Jorge trabaja en su escritorio.)

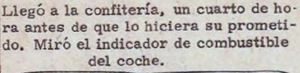

Pero al acerca. el auricular a su oído esperando escuchar el tono para discar, percibió la voz de Jorge hablando con una mujer.
Escucha, Lucía. No me digas nada por teléfono. Hay derivaciones en la casa y podemos ser escuchados. ¿Es...


"...exacto lo que me dices en tu carta?" La voz femenina que llegaba por el cable telefónico replicó.
Sí, Jorge. Quise decírtelo personalmente, pero no me atreví. De ahí que te haya escrito.
Lo que me escribiste es demasiado conciso y yo necesito hablar extensamente contigo sobre el particular.


Con la angustia que es de imaginar, Alicia escuchó cómo Jorge y la tal Lucía citábanse para esa noche en una confitería céntrica.
(¡No puedo creerlo, Dios mío! ¿Qué relaciones mantendrá Jorge con esa mujer? ¡Debo saberlo!)


Así fue como esa noche, simulando una indisposicion, pidió a su hermana Lidia que la reemplazase en el cuidado de la anciana.
Ella lo hará con gusto, querido. Y yo mañana estaré repuesta, ya lo verás.









(Allí está. Veré de encontrar una mesa desde donde ver sin ser observada.)







...en voz baja y rápido. ¿ Es cierto lo que me has dicho en tu carta? ¿No cabe otra posibilidad?

No, Jorge, y créme que lo lamento profundamente.










En el instante de abonar su bebida, advirtió que sólo tenía en su bolso un billete de mil pesos. Lo entregó al mozo.
De inmediato le traeré el cambio, señorita.
¡Pronto, por favor!


El mozo se alejó hacia la caja. Alicia se habría marchado sin esperarlo, pero necesitaba el dinero para la nafta. Cuando salió...
(¡Se han ido ya! ¡Si supiera el rumbo que tomaron!)


Era inútil. Jorge y Lucía se habían marchado ya en el coche del primero. Retornó a su casa y halló a su padre aguardándola.
¿Y, Alicia? ¿Comprobaste algo?
Nada que ya no supiese, papá. Si hubiese sido más precavida podía haberlos seguido, pero...


Comunicó a su padre el inconveniente que le impidiera llevar a cabo su decisión. Al día siguiente.
Escúchame, querida. Motivos de fuerza mayor me obligan a trasladarme a los Estados Unidos, de modo que...


"...ya hemos combinado con mi madre que, a fin de aliviarte, ella se interne en un sanatorio. Una persona de mi amistad, la recomendará..."
...para que sea atendida correctamente. Comprendes, ¿verdad?
Sí, Jorge. ¿Será larga tu ausencia?


-No tengo una idea exacta. Todo depende del resultado de algunas gestiones que debo realizar allí.
Jorge, no quisiera ser cargosa, pero, ¡algo me dice que no volverás nunca!

¡Alicia! ¿Cómo se te ocurre? ¡Claro que regresaré!
¡No, Jorge! ¡El corazón me dice que si te vas sin mí, nuestra separación será definitiva!


Los sollozos que pugnaba por contener, rompieron las vallas y la joven echóse a llorar en brazos de su prometido.
-¡Vamos, querida! ¡No te desesperes!
¡No puedo evitarlo, amor mío! ¡Llévame contigo! ¡Casémonos rápidamente y llévame!


Jorge comprendió que sólo la severidad se imponía y la empleó.
¡Alicia! ¡Tienes que aceptar las cosas como son! ¡No me agradan las escenas de histeria! ¡Repórtate!


Nunca le había hablado en ese tono y Alicia reaccionó.
¡No quieres que te acompañe porque no te vas solo!
Pero... ¿qué estás diciendo?









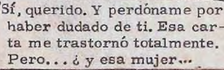


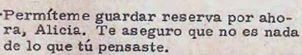


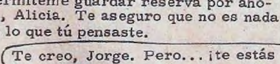


La perspectiva tranquilizó a Alicia y el día fijado para el viaje fue con Jorge hasta Ezeiza.

¿Estás más tranquila ahora, Alicia? ¿Comprobaste que viajo sin compañía?



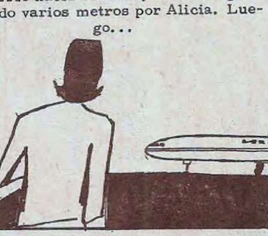








Se abrazaron estrechamente y despidiéronse con un beso. Jorge corrió hacia el avión, siendo seguido varios metros por Alicia. Luego...



Fue en el instante preciso de pasar la máquina frente a ella, cuando...



Alicia vio el rostro de "la otra" y sintió paralizársele el corazón.



Pálida y desencajada, Alicia fue hasta el lugar donde estacionara su coche. La mayor de las angustias le oprimía el corazón.



Un agente indicó que estaba obstruyendo el tránsito y puso en marcha el coche. Conducía como un autómata. Los ojos arrasados por las lágrimas que dificultaban su visual.



Nunca imaginaría los riesgos que corrió conduciendo en tal estado anímico. Finalmente llegó a su casa. Habló con su padre.



El padre optó por dejarla desahogarse en su cuarto. Ignoraba que aún habría de ocurrir algo peor. Al día siguiente, mientras escuchaba un informativo...

-La compañía de aviación informa que el aparato ha sido visto precipitarse al Caribe. Ampliaremos esta noticia.



Quiso ocultar la noticia a su hija, pero ella también había escuchado. Los periódicos ampliaron la noticia.



Noticias posteriores citaban a Jorge Porvela entre los desaparecidos. En cambio, "la otra" figuraba en la lista de las personas rescatadas de las aguas por el barco providencialmente ubicado en las cercanías de la catástrofe aérea.



Con el egoísmo propio de tales circunstancias, Alicia exclamó:



La madre de Jorge, pese a su delicado estado de salud, soportó estoicamente la noticia, que fatalmente debieron darle.




"...permitan regresar a mi hogar? Si esta infausta nueva no me ha matado, podré resistir la soledad."
Sí, mamá Carmen. Hablaré con quien corresponda.


En ningún momento, Alicia refirió a la madre de Jorge lo que ella descubriera. Se dedicó a cuidarla solícitamente.
No es preciso que te incomodes tanto por mí, Alicia. Ya puedo valerme...


De ninguna manera, mamá Carmen; no es incomodidad, sino un placer acompañarle a usted.


Los días discurrían lentamente y el dolor, lacerante al principio, fue atenuándose, aunque por instantes reviviese en toda su intensidad. Más, meses más tarde, cuando Alicia regresaba, luego de efectuar unas compras, un encuentro fortuito tuvo el poder...

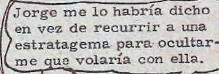

...de reactivar el angustioso dolor de los primeros tiempos. "La otra", como Alicia la calificara, se cruzó en su camino.
(¡Dios mío! ¡Ha regresado! La seguiré para conocer su domicilio.)


Sigilosamente, escudándose en los otros transeúntes, la joven siguió a la que ella juzgaba responsable de su desdicha.
(Averiguaré si reside aquí.)


Una mujer ocupada en limpiar los escaleras le indicó el piso y departamento donde moraba Lucía. Dio las gracias y se marchó.
(¡Dios ha querido que la localice! ¡Pagará por todo el dolor que provocó!)



El padre de Alicia escuchó atentamente a su hija.
No prejuzgues, Alicia. Piensa que estás basándote en simples suposiciones.
¡Pero si está todo muy claro, papá! ¿Por qué sino instado por esa mujer, Jorge pudo haberse decidido a viajar?


Pudo tratarse de una mera coincidencia o de un viaje de negocios.

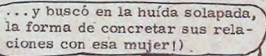

Jorge me lo habría dicho en vez de recurrir a una estratagema para ocultarme que volaría con ella.


Vanos fueron los argumentos y reflexiones de su padre. La joven se mantuvo firme en sus trece y al separarse de él pensó:
(¡No cejaré en mi empeño! ¡Buscaré la forma y el momento propicio para cobrarme la deuda!)


Irreflexivamente, impulsada por el renovado rencor hacia la mujer que, ella juzgaba, le robara el amor de su novio, obligándolo a dejarlo todo; su cariño y el de su madre enferma para unirse en matrimonio en lejanas tierras, Alicia maquinaba su venganza.

La evidencia, según su criterio, era contundente. Jorge había sido proverbialmente sincero para con ella. Sólo en aquella ocasión de triste epílogo, modificó su conducta.







Su ánimo predispuesto contra la hipotética rival, le hacía descubrir más y más argumentos a su favor. Fue así que...



Decidida a apoderarse del arma, Alicia fue a visitar a la madre de su malogrado prometido, atendida ahora por una mujer empleada a tal efecto.





Alicia encerróse en el despacho donde Jorge pasara la mayor parte de su tiempo y fue directamente al cajón que guardaba el arma.

Grande fue su sorpresa al ver, debajo del revólver, aquella carta de sobre rosa perfumado tantas veces recordado.



Puso el arma en su bolso y luego tomó el sobre. Se disponía a abrirlo, pero un súbito temor a lo desconocido se apoderó de ella.



Para justificar los deseos expresados a la madre de Jorge, permaneció unos instantes más en el despacho. La vista de los objetos que pertenecieran a su amado, hicieron acudir lágrimas a sus ojos.



La anciana, que esperaba ansiosa su reaparición, acudió hacia ella.



Instantes más tarde, Alicia se retiraba. La anciana entró en lo que ella consideraba el santuario de los recuerdos del hijo muerto. Su mirada se fijó en el cajón semi-abierto.




(Ese cajón... Que yo recuerde estaba cerrado antes de la entrada de Alicia.)


Una patética sospecha hizo carne en en su ánimo y abrió la gaveta.
(¡Dios santo! ¡El revólver ha desaparecido!)


Presa de una angustia infinita, la anciana se dirigió al teléfono y luego de lograr comunicación con el padre de la joven, lo puso al tanto de su descubrimiento.


¡Quíteselo, señor Lozano! ¡Esa muchacha va a cometer un disparate!

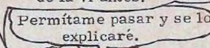

Luego de cortada la comunicación, volvióse hacia la gaveta, descubriendo aquella carta. La abrió con mano temblorosa.
(¡Santa Cielo! ¡Entonces, su viaje no era de negocios!)


El señor Lozano aguardaba la llegada de su hija, cuando la madre de Jorge volvió a llamarle, mencionándole la carta recién leída.


No se preocupe usted, señora Carmen. Lamentablemente ya no hay remedio. Dios así lo quiso, quizá para bien del pobre Jorge.


Aunque trataba de insuflar tranquilidad en el ánimo de la anciana, él aguardaba angustiado a que ella cortara la comunicación. Cuando así lo hizo...
(¡Debo llegar a tiempo!)


Corrió hacia su automóvil y partió velozmente hacia el domicilio de Lucía, mientras rogaba le fuera permitido llegar oportunamente para evitar la tragedia. Entretanto...


Su rostro no me es desconocido, señorita, pero no recuerdo dónde la vi antes.
Permítame pasar y se lo explicaré.




Ajena a lo que bullía en la mente de Alicia, "la otra" le dejó el paso expedito.
Bien, usted dirá en qué puedo servirla.
¡He venido a matarla, Lucía!


La decisión que trasuntaban las palabras pronunciadas por Alicia, sobrecogieron de espanto a la joven. Retrocedió.
¿Matarme? Pero... ¿por qué? ¿Qué le hice a usted?





—¡Bien sabe usted que me refiero a Jorge! Al Jorge, a quien usted enviaba sus cartas rosas perfumadas.

¡No comprendo! Jorge sólo fue un buen amigo mío a quien jamás...





Los golpes arreciaron al tiempo que...

¡Abran! ¡Abran! ¡Alicia! ¡Sé que estás aquí!

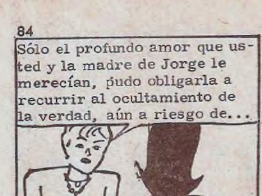








Una crisis nerviosa, finalmente conjurada con el auxilio de todos, había hecho presa de Alicia. Ya más tranquila, escuchó azorada la revelación sorprendente que habría de llevar paz a su espíritu, pese a que en principio se resistiera a creer en lo que se le decía.


Sólo el profundo amor que usted y la madre de Jorge le merecían, pudo obligarla a recurrir al ocultamiento de la verdad, aún a riesgo de...


"...que sus intenciones fueran mal interpretadas. El pobre quiso evitarles un profundo dolor."
¡No le creo! Dice usted eso porque no está él presente para desmentirla.
Lamento no tener a mano esa carta a la que usted se refirió para certificar mis aseveraciones.


Fue entonces cuando intervino la madre del malogrado Jorge.
Yo puedo proporcionar esa prueba de la sinceridad de la señorita, Alicia. Aquí la tienes. Léela.


Con mano trémula, Alicia tomó aquel sobre rosa, ya menos perfumado que entonces, cuando despertara sus celos y lo abrió. Extrajo una hoja de papel con membrete. Lo leyó.
"Doctora Lucía Campos". "Especialista en enfermedades..." -¡Dios mío! ¡Es usted médica"
Sí, Alicia. Siga leyendo, por favor.


"Mi muy querido amigo Jorge. Me has pedido que te revele sinceramente todo lo relativo a la evolución de tu despiadada...!

"...dolencia. Mi afecto me impidió hacerlo en forma personal, por ello recurro a esta misiva. Prepárate para lo peor. Pronto, muy pronto, comenzarás a experimentar los crueles síntomas de lo que será el principio del fin. Mucho me cuesta decírtelo, pero tú me lo exiges. Me temo que tu vida..."

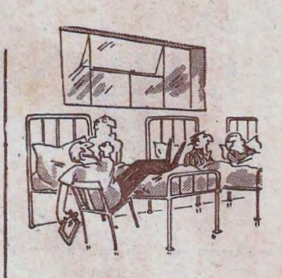

"...no ha de prolongarse más allá de un año y algunos pocos meses. Perdóname por ocasionarte este dolor. Lucía".


Un silencio de tumba reinaba en el ambiente. Los ojos de Alicia, arrasados de lágrimas, miraban ora a uno ora a otro. Por fin se echó a llorar y corrió a abrazar a la doctora.
¡Oh, doctora! ¡Perdón! ¡Quién iba a imaginarlo, Dios mío, cuando parecía tan lleno de vida!


Lucía correspondió al abrazo de la joven en un intento por mitigar su angustia.
Cálmese, amiga mía y piense que Dios, al llevárselo no hizo otra cosa que apiadarse de él...


"...evitándole la dolorosa agonía que le estaba reservada." Alicia se apretó más contra Lucía y la besó, diciéndole...
Doy gracias a El por salvarle a usted la vida, a fin de que pudiera desalojar de mi alma la angustia que la injusta sospecha le estaba ocasionando.
FIN

DE BUEN HUMOR



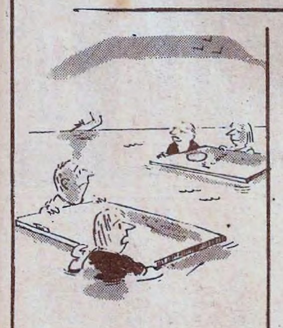
- Yo no me dejo impresionar por su actitud de gran médico.



- Después de comer, tendrás que lavar los platos. Así que no pierdas tiempo en tonterías, Juan.



-¿Qué es esto? ¡Mi whisky, mis cigarrillos! ¡Mi electricidad!



- Son los Palmiero. Ellos estaban en primera clase.



- ¿No crees que exageras un poco con tu dieta adelgazante?



Nació Hartzenbusch en la capital de España, el 6 de septiembre de 1806, y falleció en la misma ciudad de Madrid, el 2 de agosto de 1880. Es uno de los más notables escritores españoles del siglo XIX. Se distinguió como poeta y autor dramático, sin que falten en su extensa producción las obras en prosa, entre las que se cuenta la que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

Fué director de la Biblioteca Nacional de Madrid y miembro de la Academia de la Lengua.

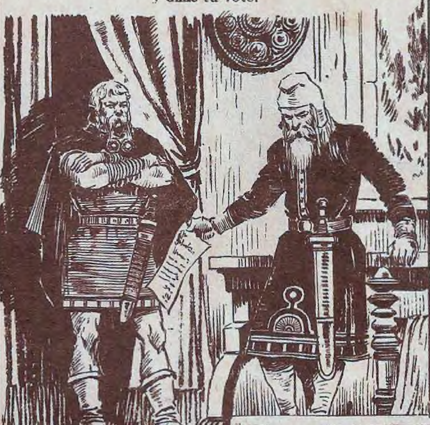
Más que novela, **La Reina Floriana** es una crónica histórica del siglo VII, crónica visigótica, como la subtitula su autor, de un tiempo en que la historia estaba tan cargada de episodios dramáticos y fantásticos como la más apasionante novela, y que tienen además el interés de ser verdaderos.

En el año 648 de nuestra era, cuando hacía siete que reinaba en España el octogenario Flavio Chindasvinto, fueron llamados a Toledo casi todos los Duques y Condes gobernadores de las provincias. Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con ellos.



El último de todos en llegar fué el Duque Froya, varón de excelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la provincia Tarraconense. En una espaciosa y rica estancia del pretorio, con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente por la sala, como quien se disponía a discurrir sobre un importante negocio.

El gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey, sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba a tratarse. El Rey, comprendiendo que los preámbulos eran inútiles, tomó de una mesa un rollo de pergamino y dióselo a Froya, diciéndole sencillamente: —Lee esta carta y dime tu voto.



El Duque leyó en alta voz: —"Al gloriosísimo señor nuestro, el Rey Flavio Chindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza, Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, hemos resuelto pediros lo que consideramos como lo más hacedero y conveniente hoy a vuestra quietud y nuestras circunstancias."



"A saber —continuaba diciendo el documento—: que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y a nosotros por Rey y señor, a Recesvinto, hijo y súbdito vuestro, que se halla en la edad más propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar a los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes."

Más contenía la carta, pero el soberano interrumpió aquí la lectura para interrogar a Froya.



Siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo podía ser nombrado Rey el hijo del que reinaba que cualquier otro varón de linaje ilustre. No eran nuevas las sucesiones de hijo tras padre; pero era más frecuente que el soberano llegase al trono por un acto de fuerza, como le había ocurrido al propio Chindasvinto, cuyos partidarios habían derrocado, hacía siete años, a Tulsa, que por entonces reinaba, para entronizarlo a él.





Avisado el Príncipe, un instante después se presentó en la sala. Entrado ya en la edad varonil, Recesvinto conservaba la lozanía de la juventud; su rostro, menos majestuoso que el de su padre, tenía cierta expresión de noble dulzura que cautivaba; su estatura era alta; sus ademanes, naturalmente medidos, y mediana la robustez del cuerpo.







"Los godos, nuestros antecesores —prosiguió—, conquistaron a España, apartando a sus naturales de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta a los honores, prohibiendo con rigurosas penas que pudiera casarse goda con español ni española con godo."



"Este afán de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido pudo ser justo en su origen, y quizá indispensable, porque mediaba entre ambos la diferencia de la fe: los godos eran arrianos, y los españoles, católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino; desde que la raza señora se hizo, por el vínculo de la religión, hermana de la raza sometida, ¿qué razón hay para que siga ese apartamiento entre los que a todas luces están llamados a unirse?"

"Yo creo —dijo por fin— que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen Rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Península, levantando del suelo a la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré, si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones."





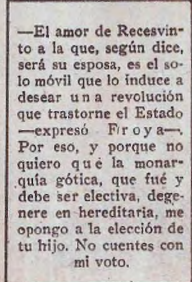
Violenta impresión produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente de la soberanía. —¿Quién es esa mujer? —preguntó el Rey. Su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba a contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto a descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras.



Recesvinto habló por fin, después de unos momentos de agitación y de duda.



—El amor de Recesvinto a la que, según dice, será su esposa, es el solo móvil que lo induce a desear una revolución que trastorne el Estado —expresó Froya—. Por eso, y porque no quiero qué la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenere en hereditaria, me opongo a la elección de tu hijo. No cuentes con mi voto.





El altanero Duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró.



Al quedarse solos el Rey y el Príncipe, éste contó a su padre cómo había conocido a aquella española, siete años antes, en los primeros azarosos tiempos del movimiento revolucionario que derrocó al Rey anterior, y colocó a Chindasvinto en el trono.



Fué en ocasión de haberse tenido que refugiar, disfrazado y solo, en un escondido valle, donde vivía un español llamado Fulgencio, con una hija de apenas catorce años, una niña hechicera, próxima a ser una gran beldad, que a su candor infantil unía gran claridad de ingenio y gracia exquisita.



Fulgencio, español de origen, ocultando su nacimiento, había militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. En una riña con un capitán godo, lo hirió de muerte; súpose entonces el linaje del homicida, y, condenado a servidumbre, fué ignominiosamente vendido por esclavo. Fugitivo de su señor, habíase refugiado en un valle paradisíaco, donde vivió con su mujer, hasta que ésta murió, dejándole a su hija Floriana de pocos años.



Catorce tenía la muchacha cuando Recesvinto se refugió en el valle y vivió dos meses con ellos, haciéndose pasar por un español natural de Toledo, bajo el falso nombre de Heliodoro. Allí transcurrieron los dos meses más apacibles de su vida; allí encontró paz, consejos prudentes, adorable inocencia y aun libros de grato y provechoso entretenimiento.

La necesidad de unirse de nuevo a la lucha que habían reanudado los partidarios de su padre, lo obligó a abandonar aquel asilo, impropio de un guerrero. El español y su hija lo despidieron con lágrimas en los ojos, y él, ocultando siempre su verdadera personalidad, prometió a la niña hechicera, próxima a ser una gran beldad: —No sé cuándo volveré a verte; pero volveré. Espérame y no desconfíes, aunque tarde.



Chindasvinto fué elevado al trono de España: las grandezas y los cuidados rodearon a su hijo; pero los cuidados de su jerarquía lo abrumaban, y las grandezas dejaban en su alma un vacío. Esto hizo que volviese al valle, donde Floriana crecía en belleza, en ingenio, en virtud, y que repitiera con frecuencia aquellas visitas, alejándose de la corte con uno o con otro pretexto.



Comprendió que poco a poco había ido brotando en su corazón un afecto, que ya era una pasión vehemente; recordó la ley que le impedía recibir en su tálamo a una española; recordó sus obligaciones de Príncipe y quiso cumplirlas. El Rey, su padre, le había instado de continuo a que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto a vencer su flaqueza, cedió a los deseos del Rey y entregó el anillo de los esponsales a la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya.



De aquel modo quedaba obligado, según la ley, a casarse con ella dentro de dos años, a más tardar, aunque el compromiso podía dejarse sin efecto si convenían en ello las dos partes. La comparación entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa para la hija del valle, que ella sola condujo al Príncipe a pensar en lo que, si no, jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó, pues, transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre prometida y de su familia, y, pasado aquel término, se encaminó al valle.



No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaron desde que se empezó a notar frialdad en el Príncipe, lo autorizaba, en cierto modo, a omitir aquella formalidad. El Rey parecía haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería o por prudencia, no había querido pedir cuentas.

El Príncipe acudió al valle y trató de casarse con Floriana secretamente, sin revelarle su jerarquía. Larga enfermedad del padre, que terminó con su muerte, detuvo el convenido enlace de la hija y el Príncipe. Froya lo supo por un siervo, regalado por él al sacerdote que asistió a Fulgencio en su última hora. Necesitó el sacerdote llevar consigo al valle el esclavo, conoció éste al moribundo, y al regresar a Toledo avisó de todo a su antiguo señor.



Después de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el Príncipe, explicó éste a su padre su conocimiento y sus relaciones con Floriana, haciendo de ella un encendido elogio. Flavio oyó a su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico. —Tú me encareces —le dijo al fin— las prendas de esa española; yo creo que no hay una de ellas que merezca ser amada por un godo.







El tono del padre al decir esto era el del que teme que le adivinen el pensamiento, y tras aquellas palabras se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

Haz la prueba que quieras.

¡Insensato! ¡Retírate a tu cuarto, y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita!



Veinte días después, Floriana llegaba, una noche, recatadamente a una humilde casa del arrabal de Toledo, y cuando ponía el pie en el umbral, entraba Recesvinto en la misma estancia por la puerta de enfrente. Arrojáronse los tiernos amantes uno en brazos del otro, y lágrimas de casto júbilo expresaron mudamente lo que sentían en aquel primer momento.







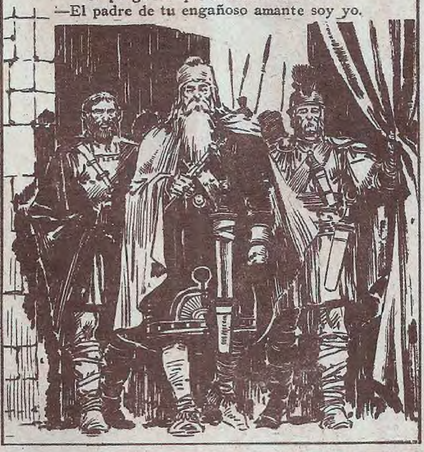
"Mi padre vive —prosiguió el Príncipe—, es muy poderoso, y yo pretendía casarme sin su consentimiento. Pero él ha sabido nuestros amores, me ha encarcelado y ha querido apoderarse de tu persona. Por fortuna he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle antes que los emisarios de mi padre penetrasen en tu morada."





Abrióse de golpe la puerta por donde había entrado el Príncipe, y apareció Flavio, con manto de púrpura, cetro de marfil y séquito de guardias; adelantándose majestuosamente en la sala, se dirigió a Floriana y respondió a la pregunta que acababa de hacer:

—El padre de tu engañoso amante soy yo.



Luego Flavio se dirigió a su hijo y le reprochó que quebrantara el arresto en que lo puso y pretendiera impedir el cumplimiento de una disposición suya; inmediatamente después le ordenó que saliera de aquella habitación, lo que hubo de hacer Recesvinto, pues una orden del Rey no podía dejar de cumplirse.



Solos el Rey y Floriana, ésta, con la sencillez noble de la inocencia, se llegó a Chindasvinto, le tomó blandamente la mano, le habló entre acentos dulcísimos, mirándolo como a Fulgencio cuando se le mostraba disgustado, y estaba ella segura de que iba a desvanecer su disgusto.



—¡El Rey! —El Rey, sí; ese Rey de España del cual, allá en tu soledad, quizá te habrá dado tu padre perversas noticias. Pero mi deber es que se cumpla la ley. ¿Sabes, infeliz criatura, que has nacido en la servidumbre?







Esa Teodosinda, esa mi señora, ¿qué especie de ama es?

Teodosinda, rica y hermosa dama, hermana del poderoso Duque Froya, está prometida a mi hijo, y no se ha celebrado todavía el contrato ni se ha disuelto.

—¡Poderoso Dios! —prorrumpió aquí la hija del valle—. No sólo soy española, sino que soy esclava. No sólo soy esclava, sino que lo soy de la destinada a desposarse con el Príncipe, de mi rival. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo en poder de quien me creerá su competidora! ¿Me matará Teodosinda, señor?



Y luego agregó, sin poder contener las lágrimas: —¡Señor, señor! El Príncipe me ofreció su amor; no me quejo de que me ocultara su clase, porque, sabiéndola yo, no lo hubiera podido amar, y las dulzuras que he debido a este amor no se pagan con lo que puedo padecer en lo que me resta de vida; al fin, penando mucho, viviré poco.



El Rey tendió a Floriana los brazos, penetrado de ternura insólita, y le dijo: —Ven, valerosa niña: ven, y, antes que llegue por ti tu ama, recibe este beso que Flavio Chindasvinto, **el Cruel**, según lo apellidan, estampa llorando en tu frente, que Dios bendiga.



Momentos después, erguida, grave y con paso lento, llegó Teodosinda, acompañada de Froya y parte de su femenil servidumbre. Flavio Chindasvinto, ocultando su conmoción profunda, hizo que Floriana diera un paso hacia Teodosinda, y dijo con voz solemne: —Esclava, he ahí tu señora.



Teodosinda hizo una seña a las esclavas de su séquito para que rodeasen a Floriana, y les ordenó: —Llevad a mi palacio a vuestra nueva compañera. Mañana se os prevendrá lo que habéis de hacer. Y con esto se retiraron todos.



Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre habia pasado, a las pocas horas, a la condición de sierva; rápida como un relámpago habia cruzado por su mente la idea de casar con un Príncipe, y en el mismo momento se habia visto privada de amante, libertad y esperanza.



Por la mañana, las esclavas le vistieron el hábito de su clase, y con el cabello tendido, la llevaron a presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, o como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y buen gusto a los ojos de la mujer que había reinado en el corazón de Recesvinto. La satisfacción del triunfo animaba su rostro, del que faltaba, sin embargo, el sello de la inteligencia y la marca de la bondad.



Con tímidos pasos, como víctima conducida al sacrificio, entró Floriana por la cámara adelante. Teodosinda, al verla, le dijo con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente a su disposición a un contrario: —Ven, mujer, ven; yo he querido honrar a la hermosura que ha sido capaz de avasallar a un Príncipe; y así, la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de servidumbre, será la que te descargue la cabellera y cerque tu garganta con el collar que te declare por mía.



Las esclavas hicieron señales a Floriana de que se arrodillase y besara los pies de su ama; terrible momento de prueba que ella venció, hincándose de rodillas. Y sus largos cabellos hermosísimos ondearon por el suelo cuando inclinó la cabeza sobre el escalón en que descansaba el pie de Teodosinda.



Asió la noble goda el látigo, y, tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: —Derecho tengo sobre ti casi de vida y muerte; mira cómo me sirves.



En seguida, soltando el afrentoso instrumento del castigo servil, agarró apresuradamente las tijeras y despojó de su natural adorno la sometida y hermosa cabeza.



Tomó luego el collar, ciñóselo, cerró el candado, y entonces volvió a mirarla con una sonrisa que, traducida en palabras, significaba: "Bien estás así." El collar tenía las letras del nombre de la señora.



Froya vino un momento después. Al ver a Floriana en su atavío de esclava hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razón que podían servir para adornar un yelmo.



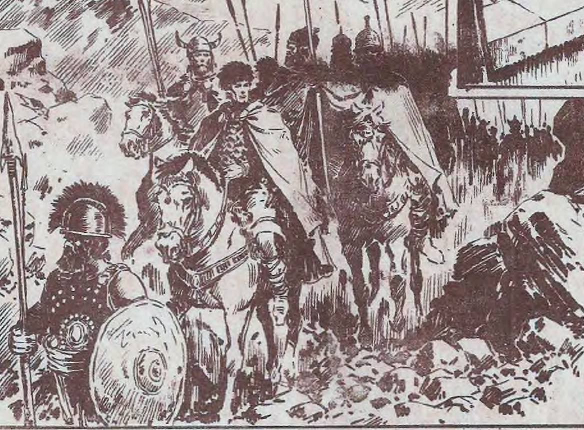
Teodosinda le pidió que la acompañase a la basílica. Froya, enojado, se negó con dureza.–Anda sola con tus esclavas, anda a lucir por las calles la nueva adquisición que has hecho. Su hermana, sin hacer caso, se dispuso a salir, y mandó a Floriana que le llevase la piel sobre la que había de arrodillarse en la iglesia.



A la puerta del palacio de Froya había una porción de gente agolpada, pues, habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querían conocer a la española que había osado aspirar a Princesa. Froya, asomado a un mirador, siguió con la vista la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.



Recesvinto no estaba en Toledo. Su padre, la noche antes, le había mandado salir y sosegar a los vascones, que principiaban a alborotarse.



Jamás había mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenía en su poder a Floriana: la señora competía con la sierva, y se valía del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria. Y un día su hermano le hizo notar que nunca había tenido camarera que la vistiese y adornase como Floriana.

Verdad es. Yo creía que me serviría de mala gana, pero he visto que no. Nacida para la esclavitud, se ha conformado con su suerte.

Quizá es que tiene espíritu muy elevado para hacer caso de pequeñeces.

Y agregó: —Cuando tú gozas obligándola a esmerarse en tu tocador, quizá ella te compadece en sus adentros, y se dice a sí misma: "Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa, para hacerle ver que valgo más que ella."





Este diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansesedumbre se iba granjeando, y acaso lo hubiese pasado mal la española a no ser por la protección que le dispensaba Froya, quien tardó en revelarle su pasión, puesta de manifiesto a los ojos de todos al ornar su capacete con los cabellos de la esclava española.



El Duque Froya, que jamás ha mentido, y que jamás ha renunciado a un proyecto, te declara que te ama y te pide tu amor.

¡Ah, señor! ¿Qué dices? Yo no puedo amarte. Soy esclava, pero me he criado libre, y sé lo que manda la fe en que me han criado.

¿Es que acaso Recesvinto vale más que yo en prendas del alma?

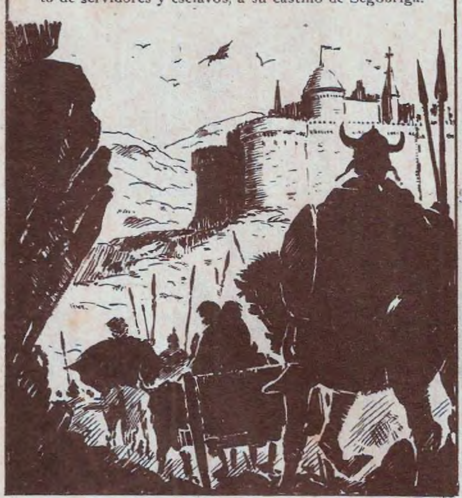
Señor, el día en que él pidió mi mano, le prometí no ser nunca de otro, y él de sí me dijo lo mismo; no sé si lo cumplirá; yo no quebrantaré mi palabra.

La actitud irreductible de Floriana no era bastante para que Froya renunciase a ella. Antes de extremar las cosas, esperaba una coyuntura favorable. Mientras tanto, pasaban días y días, y el Rey guardaba un absoluto silencio del Príncipe.



Teodosinda había promovido la reconciliación de su hermano y el Rey, con la esperanza de que el Rey haría que se verificase su interrumpido matrimonio con Recesvinto. Pero callaba el Rey, y no había cartas del Príncipe.

Froya y su hermana comenzaron a dar oídos a ciertos próceres descontentos, que atizaban en secreto la rebelión de los vascones. Decidiéronse, al fin, a hacer causa común con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre, y los dos hermanos se trasladaron, con su séquito de servidores y esclavos, a su castillo de Segóbriga.



Muchos de los jefes de la conjuración proyectada habían acudido a Segóbriga, y otros se mantenían esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambición y la venganza ocupaban demasiado lugar en el corazón de Froya para que le quedase mucho al amor. —He querido hacerte mi esposa; tú has preferido seguir siendo esclava; sélo en buena hora —le había dicho a Floriana la noche que llegaron a Segóbriga, y su comportamiento con ella parecía conforme al dicho; mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubría un volcán.



Pasaban los días en Segóbriga, donde Froya y Teodosinda preparaban casi abiertamente la insurrección, pues el Rey tenía sobradas noticias de sus propósitos, que podían resumirse en este diálogo de los dos hermanos.



Recesvinto fué sorprendido en los alrededores de Segóbriga por los partidarios de Froya, y éste lo encerró en los calabozos del castillo, considerándolo como prenda segura de su triunfo. Con cadena al pie y esposas en las manos, lo vislumbró Floriana a través de una pequeña ventana enrejada que daba a la prisión del Príncipe, hasta donde la llevó Froya para que lo viese.



Luego la condujo hasta la sala del castillo, donde le habló de esta manera: —Recesvinto, como has visto, ha caído en mis manos. Tú no sabes lo que significa el tenerlo yo encarcelado aquí, a pesar de ser el hijo del Rey de España, y yo solamente Duque —gobernador de una provincia—. Te lo explicaré. El reinado de Flavio ya ha fenecido: voy a sucederlo. Dentro de dos horas o más, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su Rey.







Floriana le replicó, indignada, que jamás lo sería: mas el Duque la puso en la disyuntiva de que accediera a ser su esposa, o que, de lo contrario, entregaría a Recesvinto inmediatamente al verdugo, y ella cedió al fin, teniendo en cuenta que aquel sacrificio suyo era lo único que podía salvar de la muerte al Príncipe y a Flavio.

Pero, no satisfecha con esto, Floriana le hizo prometer que no sólo los dejaría con vida, sino que les permitiría salir fuera del reino, en absoluta libertad. Y aún le pidió algo más: la emancipación de los españoles.







Un correo puso término a esta conversación penosa. El Duque, en vista de un aviso que se le daba, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con los coligados. Llamó a unas esclavas y les mandó que no perdieran de vista a Floriana, pero que le guardasen las consideraciones de libre y señora; después de lo cual, se fué.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron a entrar en ella algunos caudillos rebeldes, quienes se presentaron en el castillo para saludar a Teodosinda. Noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarían en descubrirse a lo lejos, subió, acompañada de aquellos jefes, a las almenas del castillo, para gozar el momento en que se dejasen ver.



Impaciente, volvían todos la cabeza, ya a un lado, ya a otro. Pasaba el tiempo, y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte, hasta que al cabo divisaron a dos caballeros que venían acercándose al castillo, y que resultaron ser Flavio Chindasvinto, el Rey, y un escudero.



Grande era el júbilo de Teodosinda y los conjurados: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Decidieron que ella lo recibiría con todos los honores, y, en el momento oportuno, los demás, ocultos en una sala vecina, se apoderarían de él y lo reducirían a prisión.



—He venido a Segóbriga —dijo el Rey a Teodosinda— para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, porque seguramente vas a oír cosas muy raras. Froya y tú habéis conspirado y conspiráis contra mí. Tú sueñas con el poder, ansías la grandeza; yo he sido quien he dado lugar a esos sueños y a esa ansia; justo es que yo ponga el remedio a mi costa.



"Mi hijo te dio palabra de esposo —prosiguió el Rey—, y por el bien del país no debe cumplirla; ni él quiere ni lo quiero yo; pero tampoco es justo que un Rey y un hijo de Rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin desagraviar cuanto sea posible a la persona a quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser Reina por eso, Teodosinda: yo he venido a casarme contigo."

La sorpresa y la confusión asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda, en cuyo pecho luchaba su afán de ser Reina con su deseo de venganza.



—¡Su esposa! —exclamó Teodosinda, furiosa, y su ira creció al ver entrar a Floriana en la estancia, y que el Rey la atraía a él benignamente, diciéndole: —Hija mía, he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes, pero ha llegado el día en que tengan su premio.



La celosa Teodosinda, dispuesta a afrontarlo todo con tal de vengarse de su odiosa rival, iba a avisar a los conjurados para que se apoderasen del Rey, cuando Froya entró en la sala fuera de sí, exclamando: —¡Hermana, nos han vendido!



Luego, enfrentándose con el Rey, le dijo: —Flavio, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque han fingido que me serían fieles. Pero, aunque tus soldados rodean a Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí, a mi merced.



Froya se dirigió al Rey con la espada en la mano. Mas bastó que Flavio diese una voz para que acudiesen los jefes que se hallaban en la sala contigua, los cuales, desenvainando sus aceros, colocáronse delante del Rey, aprestándose a su defensa y gritando: —¡Muera Froya, el traidor! —¡Antes he de vengarme! —rugió Froya, y salió como una exhalación hacia el calabozo donde se encontraba Recesvinto; pero, a mitad de camino, se halló con el Príncipe, que había sido libertado por sus partidarios e iba al encuentro de su padre, y que, al verse acometido por Froya, se dispuso rápidamente a defenderse.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que forzosamente había de durar muy poco, como así fué, pues no tardaron en caer, cada uno por su lado: Froya, sin vida; Recesvinto, sin conocimiento.



El cadáver de Froya quedó abandonado durante algunas horas en el lugar en que había caído. Cuando el alcaide del castillo fué a recogerlo para darle sepultura, por mandato de Flavio, otro espectáculo más lastimoso espantó su vista. Teodosinda se había suspendido de un hierro, echándose por dogal al cuello el pelo de Floriana que cortó ella misma, y que adornaba el yelmo de su hermano.



Algunas semanas más adelante, celebraba toda la grandeza visigoda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto, a la vez que su elevación al trono y su casamiento con Floriana. Era de todos sabido que Froya había prometido a Floriana hacerla su esposa, jurándole que, si accedía a ello, permitiría que se casase la gente de la raza goda con la celtibérica.



Esto fué acaso lo que más convenció a los enemigos de aquella ley para aceptarla, ya que el propio Froya, tenido por tan grande enemigo de los españoles, de haber triunfado, la hubiese impuesto. Y no sólo aceptaron con alegría el casamiento con Floriana, sino que apoyaron de buen grado la ley propugnada por Recesvinto.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el Sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de su emancipación a la raza española. Se tocaron clarines, se puso en armas a Toledo entera, y agudos gritos de júbilo rompieron los aires, cuando en el balcón del palacio de Flavio aparecieron éste y Recesvinto, llevando a Floriana en medio.



Las voces de "¡Libertad!" y de "¡Igualdad!" sobresalían entre el agudísimo y confuso clamoreo, como también los nombres de Flavio y de Recesvinto; pero más veces y más claro resonaba el nombre de Floriana, aquella esclava que habían visto cruzar con ojos bajos y rostro melancólico por las calles de Toledo, en el séquito de Teodosinda, y que había conseguido la libertad de su pueblo.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel día Floriana en un caballo blanco como la nieve, a ser por fin desposada, ungida y coronada en el templo. Y allí, entre los vivos afectos de gratitud que partían de su alma, a los pies del Altísimo, dos ruegos tan sólo le dirigía: felicidad para su esposo y para su pueblo; tranquila obscuridad para ella.

ALBERTO SALINAS 54

FIN

ALÉGRESE



- Yo de usted no me cortaría la barba, señor. Este invierno va a ser muy frío.



-Te llamaré luego para contarte cómo Jaime se me declaró, Dolly.



- No, señora. Yo no soy el asaltante de los besos.



- Buenas noticias, Suárez. Pasará usted a la nueva planta donde hay máquinas electrónicas que lo van a reemplazar.



Intervalo Álbum 121 - 2/1966

Ray Drum, experto detective privado de New York, difícilmente hubiera ido a aquella fiesta en lo de Paul Quinton, afamado pintor, de no mediar la insistencia de un caballero conocido: el financista Dave Henderson. Este dijo a Ray: -Hoy, Paul nos obsequiará con un ejemplar de su único...



"...y exitoso libro "Autorretrato". Creo que le conviene conocer al importante artista. Tiene amigos muy influyentes". Intercedió también la bella secretaria de Henderson, Irene Maytt, y ya el detective no supo decir que no.

En lo mejor de Rensselaer Place tenía su palacio el pintor inglés, y en la noche del ocho de setiembre brilló como nunca. Henderson aprovechó para presentar a Drum a "los poquísimos íntimos de Paul Quinton". Estos eran seis hombres, además de Henderson. El profesor de literatura ...

...Font Myles, el abogado James Grant, el cirujano Jim Ryan, el comentarista de televisión Sax Ravit, Karl Deck fotógrafo de la sociedad neoyorquina, y el experto en arte John Gristide. Personalidades de la enorme ciudad. Ray conoció a Paul Quinton de una manera insólita. Sintió una voz...



...gruesa y alegre a sus espaldas, giró la cabeza, y Quinton casi le puso en brazos de una beldad llamada Sara Stann, al grito de: -El joven es nuevo aquí. Muéstrale la hermosa casa de Paul Quinton, querida. Esos eran los modales del artista. Por ellos se ganaba simpatías y odios.



Las paredes de la mansión estaban pintadas con temas apasionantes. Así hasta el segundo piso donde Sara Stann se detuvo ante una puerta cerrada: - ¿No oyó hablar nunca de este cuarto cerrado, señor Drum? Es el más famoso y extraño del mundo. Paul debe ocultar los cadáveres de sus enemigos .



Tomaron asiento y hablaron de muchas cosas. Ella era encantadora, y estimaba a Quinton de una manera que se parecía al amor. Al parecer, el artista no se interesaba por ella. -Finalmente tendré que aceptar a Sax, dijo en un suspiro. Entonces habló de esos amigos, -los más íntimos- del pintor...



...definiéndolos con claridad: -Karl Deck era un triste, un solitario;Jim Ryan un sacrificado de la medicina;Sax Ravit un conversador inagotable;John Gristide un tahur que vivía a costillas de los pintores;James Grant un abogado talentoso;Font Myles un literato sin suerte; y Dave Henderson ...

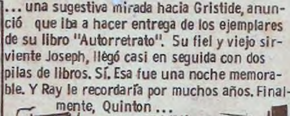


¡Oh, no! Dave es delicioso... aunque le gusta demasiado el dinero.

Le aseguro que simpatizo con los dólares. ¿Usted no?

Cuando llegaron a la planta baja, se acababa de producir un leve incidente entre Ravit y Gristide, al decir aquél: -El Museo hizo un buen negocio al adquirir el cuadro de Paul, pero John Gristide hizo el mejor negocio que el Museo... y que Paul, juntos Intervino el pintor, y luego de soltar...







... invitó al detective a que lo visitara con Henderson dos días después, o sea "para el almuerzo del domingo". La nueva visita al palacio del pintor, coincidió con una espantosa novedad. Paul Quinton estaba en "el misterio cuarto cerrado", con una herida mortal detrás de la oreja izquierda...



... y el pobre Joseph nada había oído, ni nada sabía. Y sin embargo fue asesinado de un tiro de revólver-, comentó Ray Drum, mientras Henderson se dejaba caer en un sillón, muy abatido. -Llamen al... doctor Ryan... por favor-, susurró trabajosamente. Media hora después, Ryan...

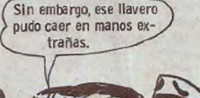


... como así también el inspector Parky y su gente, estaban en la maravillosa casa de Paul Quinton, bruscamente teñida de luto. El famoso cirujano contó a los policías y a Ray Drum "que siete personas, únicamente, tenían una llave para ingresar al cuarto cerrado". Quinton se las había entregado ...



... en prueba de confianza y amistad, junto con un llavero de oro. Y esas siete personas eran: Jim Ryan, Dave Henderson, Font Myles, Sax Ravit, Karl Deck, James Grant y John Gristide .

Somos sus mejores amigos, pero uno de nosotros lo asesinó.



Lo mismo opinaba el severo y algo hosco inspector Parky, quien, acostumbrado a encarar por su cuenta toda clase de investigaciones, no tuvo más remedio que admitirlo a Ray Drum, cuando "los siete", reunidos, solicitaron al joven detective "que hiciera algo por atrapar al miserable asesino".



Ray inició su arduo trabajo, investigando los pasos de "los siete" en las horas que iban desde la medianoche del sábado a la mañana del domingo. La muerte de Quinton debía de haberse producido al filo de la medianoche. Más o menos allí. Según el abogado Grant...



... la fortuna de Quinton iba a ser dividida, en caso de muerte, entre todos aquellos que contaran con un llavero firmado por Paul Quinton . Otro detalle que interesó a Drum fue aquél que presentaba a Quinton como un hombre a quien las mujeres interesaban bastante.

No es por hablar mal, pero Sara Stann y también Irene Maytt, se volvían locas por Paul.

Sax Ravit y Dave Henderson se cruzaban en el camino. El primero anhelaba casarse con Sara, y Henderson con Irene, su secretaria. Joseph, el sirviente, mencionó a John Gristide. Había cenado con Quinton;cena compartida por Sara Stann y un político amigo. Luego de la cena, Gristide y el pintor...



... conversaron largamente. Después, el experto en arte se marchó. Haciendo preguntas a Joseph, Ray se enteró de que Quinton había tenido una hermana -Cissie Quinton- muerta prematuramente, y en circunstancias poco claras, y luego de corta enfermedad.



No sabía exactamente por qué, pero Joseph sospechaba de John Gristide. -No es de tanta calidad como los otros señores que visitaban a mi patrón. Siempre se interesó demasiado por el dinero. No me gusta el señor Gristide-, dijo con firmeza. Luego, John Gristide supo ser muy sagaz...



... aclarando diversos puntos oscuros de la investigación, y a su vez opinando "que Dave Henderson era una especie de Otello, capaz de asesinar por causa de la bella y bastante coqueta Irene Maytt". Gristide aseguró: -Paul e Irene llevaban un romance oculto y discreto.



La siguiente visita del detective fue al profesor Myles, que vivía en una amplia casa de la calle 22, cerca del Hudson. La señora Myles estaba envasando jalea de manzanas, y al lado de una gran olla tenía varios frascos con sus correspondientes tapas protegidas con parafina.



Font Myles trabajaba en un próximo libro, aunque su último trabajo aún esperaba conseguir editor. Con su seriedad habitual contó lo que había hecho en la noche del sábado. -Estuve en la Universidad, corrigiendo cuadernos de mis alumnos, y cuando volví a casa, llovía.



Agregó, sin pausa: -En el subterráneo observé que había olvidado uno de los trabajos, y regresé a la Universidad. El coche subterráneo se detuvo bruscamente. Un desperfecto me mantuvo allí, encerrado, por espacio de media hora. Total,que llegué a casa mucho más tarde de las diez.



El portero de la Universidad podía atestiguar sobre lo dicho por el profesor. Myles no abrigaba sospecha alguna sobre los otros amigos, y tuvo cálidas frases refiriéndose a Quinto. Ray volvió a su domicilio, y por primera vez ojeó el libro del pintor asesinado...



... deteniéndose largamente en el capítulo que Quinton dedicara a su hermana. Era muy tarde cuando se presentó en casa del doctor Jim Ryan y éste titubeó mucho cuando Drum le exigió que se refiriera claramente "a la enfermedad de Cissie Quinton".




Suspiró con auténtica tristeza: -Paul lo supo demasiado tarde, pero ella no le reveló el nombre aquél. Ray Drum agregó: -Yo diría, "el nombre del asesino de Cissie Quinton". Poco a poco surgía otra investigación, dentro de la que conducía Ray Drum, como colaborador de la policía.
No sabemos si ese hombre empujó a Cissie Quinton al terrible mundo de las drogas.


"A la postre ambos fueron muy desdichados", sentenció el médico. Intentando trazar la biografía de la muerta, Jim Ryan halló que el joven Karl Deck había sido tal vez el más estimado, entre los amigos de Paul Quinton.
Justamente me tocaba ir de visita a lo de Karl, doctor.


Karl Deck, un verdadero artista fotográfico, vivía rodeado de los premios obtenidos en su delicada tarea, pero estaba muy solo. De temperamento apagado, sus ojos brillaron cuando Drum preguntó:
¿No podríamos cortar la cabeza del individuo que empujó a Cissie Quinton a un abismo de locura? ¿Qué opina usted, Karl?


El nombre de la bella joven muerta, hirió profundamente al fotógrafo, quien parpadeó repetidas veces: -Ella... fue una delicada y maravillosa mujer, -susurró. Tomó aliento durante un largo minuto y agregó: -Maravillosa mujer.
Hay algo más, señor Deck.


El fotógrafo no se animaba a mirar a los ojos de Ray Drum. Lo conocía como un detective muy eficaz.
¿Algo ... más?


Se puso en pie, nerviosamente, marchando a hacer café. Era rara su actitud, luego de haberse mostrado alegre y conversador. Drum lo siguió, insistiendo sobre el particular, pero las respuestas del fotógrafo no le dieron pista alguna. Y se marchó, muy poco después.


Aún le quedaban dos "de los siete", cuando se dirigió en taxímetro hacia la calle 52, domicilio de James Grant. El abogado, arrellenado en un cómodo sillón, fue contestando con precisión al cuestionario de Drum. James Grant era el único que hasta ese momento tenía una coartada...


...aparentemente eficaz. Había estado en la noche del sábado en la exposición seguida de una gran fiesta, en lo de Léger, pintor europeo de gran fama.
Hasta el amanecer permanecí junto a un par de viejos amigos. Uno de ellos, abogado como yo.


Agregó con una sonrisa de satisfacción: -Ya di al inspector Parky los nombres de las personas que estuvieron conmigo.
¿Estuvieron con usted, constantemente? ¿No pudo abandonarlos por una media hora...


...y luego de matar a Paul Quinton, volver a la fiesta?
¡No manda a decir las cosas, Drum! No, yo quería demasiado al admirado Paul. No soy su asesino.


Ray sonrió: -Lo mismo está bajo sospecha, pero a un abogado no pueden asustarle esas palabras. Se acercó a la biblioteca del abogado, señalando un libro -Ciencia versus crimen-.
Describe muy bien el llamado "esperimento González" con el nitrato.

Grant respondió con súbita seriedad: -Lo conozco. Tuve participación en varios juicios criminales. Eso pertenece al ayer, pues ahora me ocupo de otra clases de delitos. Drum también había quedado pensativo. El "experimento González" lo había empujado a nuevas ideas. -No lo olvidaré, se dijo, marchándose a su casa.



Faltaba poco para el mediodía cuando Ray Drum entró en los estudios de televisión para hablar con Sax Ravit. El le había dicho por teléfono que entre las doce y las doce y treinta estaba a su disposición, enteramente. Sin embargo, mientras esperaba, Ray escuchó la voz del comentarista...



...discutiendo con una persona, por teléfono. Su sorpresa fue grande al escuchar: -¡No lo menciones más, Sara! ¡Basta conque haya conocido el pensamiento de tu corazón! ¿Dices que es poco castigo? ¡Maldición! ¿Ah, sí? ¿De modo que aún lo quieres?



En seguida sintió cómo Ravit bajaba mucho el tono de voz para referirse al muerto. ¿Qué dimensiones pudo tomar en el interior de Sax Ravit su fastidio por el rechazo amoroso de Sara Stann, que prefería a Quinto? Casi en seguida se cortó la comunicación con la mujer, y Ravit...



...apareció en el pequeño hall del estudio con el gesto rabioso y la frente bañada en sudor. Sonrió al divisar al detective, y eso hizo pensar a Drum en un excelente simulador. ¿Estaba ante el asesino del pintor inglés? Tal vez. Sin embargo, Ravit empezó su diálogo...



.... expresando abiertamente: -Paul era un hombre de suerte. Aún sin amar a mujer alguna, ellas se le acercaban en busca de una caricia que jamás obtenían. Tal el caso de Sara Stann. ¡Mi imposible amor! Miró al detective y sonrió: - ¿Acaso cree que maté a mi querido Paul, por esa insignificancia?



Indignada por el exhibicionismo de un probable culpable, Ray fulminó con la mirada al comentarista de televisión.



Como en los seis casos anteriores, Drum obtuvo una serena respuesta por parte de su investigado. Sin la menor duda, Quinton entregaba una llave al hombre que demostraba ser bien sagaz. Y Sax Ravit "pasó la noche del sábado con unos amigos del Stork Club". Estuvo hasta la madrugada con ellos.



Sax Ravit tenía debilidad por los métodos sicológicos.



¿Sigue siendo tan inocente que cree que Sax Ravit mataría a su mejor amigo "por celos"?

"Si me permite ver la caricatura que dibujó Quinton en el libro que le regaló, tendré una idea de cuál era su actitud hacia usted", insinuó el detective.



Ravit lo llevó hasta el departamento que ocupaba en Long Island, y a la vista del dibujo firmado "Q", Drum pensó que las palabras de Ravit no eran exageradas. Quinton representó a Sax Ravit como un maestro que regañaba al mundo, apareciendo éste como un niño con bonete de "burro".



Cuando Drum hizo una pregunta relacionada con Cissie Quinton, Ravit se ofuscó, contestando bruscamente: -No quiero tocar ese tema. No, no quiero tocarlo. ¿Mejor lo dejamos?



Con su apasionamiento de siempre -quizá fingiendo como de costumbre-, Ravit dijo cosas hermosas de la bella Cissie.



Sin salir de su enorme sorpresa, Ray Drum escuchó,además:



Ray no pudo hallar al fotógrafo. La casa estaba herméticamente cerrada. Así casi todo el día. Era obsesionante la idea fija que Ray tenía clavada en el cerebro. ¿Karl Deck el asesino?



Fue a ver al doctor Ryan, y le dijo sin más vueltas: -¿Podría ser Karl Deck el asesino de Cissie Quinton? La brusca situación llenó de sorpresa al médico. Vacilante, Ryan contestó: -Yo conocí una triste historia entre Cissie y Karl, pero ese joven no la mató, señor Drum.

Las drogas destruyeron a Cissie, y estuvieron a punto de acabar con Deck, pero él se salvó.

Karl Deck había sido también un adicto, pero a la muerte de Cissie consiguió liberarse del terrible castigo, y desde entonces tuvo un devoto respeto por la desdichada hermana de Paul Quinton.



"¿Y Paul supo esto que ahora usted me relata, doctor?", preguntó Drum ansiosamente. -No. Fue mi secreto, que ahora divulgo por si acaso le favoreciera, amigo mío.



"...y en una disputa entre ambos, Deck lo haya silenciado de un tiro. Es ahora famoso, no le convenía el escándalo, y ¡vaya uno a saber la determinación que Quinton iba a tomar con él!", agregó Ray, un tanto preocupado.



Drum insistió hasta conseguir que Jim Ryan lo acompañara en una visita al fotógrafo, que podía ser decisiva. En principio, Deck miró acremente al médico, como reprochándole por haber faltado a su palabra de honor, pero luego de serenarse,contó algo que prefería olvidar. Su triste pasado. ...



...y los años junto a Cissie. Los remordimientos habían destruído a Karl Deck. Confesó que desde la muerte de Cisse no habría podido amar a ninguna mujer. Cuando Drum le insinuó la posibilidad de una agresión por parte de Quinton...





Dio un violento golpe con el puño y la pared tembló. –¡Maldita mi suerte! ¡Estaba loco por Cissie, y fui culpable de su desgracia, pero Dios sabe que es mi novia, hasta más allá de la muerte!



Una expresión de dolor asomó al rostro del doctor Ryan, que estimaba de verdad al pobre Karl Deck. Se le acercó, palmeándolo paternalmente. –Esto era necesario, Karl. Discúlpame, hijo.



Se dejó caer en una silla, y tardó mucho en reponerse. Cuando Ray Drum se marchó de la casa de Karl Deck, estaba algo deprimido. Para colmo, en la entrevista posterior con el inspector Parky, Ray lo notó más áspero que de costumbre.



Parky jamás iba a descubrirle su juego, de manera que Drum no pudo saber si el policía estaba mejor o peor que él, en la búsqueda del asesino de Paul Quinton.



Antes de terminar esa tarde, Ray había preparado un cuidadoso plan de trabajo, sobre la base de sus sospechas. Dirigió sus pasos hacia la Universidad Bearsley, y pidió hablar con el portero. El hijo de éste, vigilante nocturno en la Universidad, confirmó las palabras de Font Myles...



..en cuanto a sus desplazamientos en la noche del sábado.



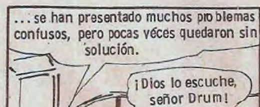
...su paraguas. Se marchó unos cinco minutos después.

(Correcto. Lo dicho por Myles encaja perfectamente.)

Después de cenar ligeramente, Drum volvió a Rensselaer Place encontrando muy abatido al sirviente Joseph.









Conversando con Joseph el detective lo forzó a que depusiera su casi místico respeto por Quinton, consiguiendo algunas referencias a la vida privada del artista. El nombre de Sara Stann surgió así, con tal fuerza, que Drum salió en busca del imposible amor de Sax Ravit.



En una de las lujosas dependencias de la empresa publicitaria, Sara Stann leyó el nombre impreso en la tarjeta y sonrió. Con su elegancia de costumbre, Sara Stann llegóse hasta Ray Drum, quien le dijo por lo bajo: -¡Mi hermosa guía de aquella noche inolvidable!



Ella rió, a tiempo que exclamaba: -¡Parece que se refiriera a una noche de siglos pasados, Ray!

Sucedieron tantas cosas tristes, desde entonces, que hasta me parece que he envejecido.

Fueron hasta el bar ubicado junto a la empresa publicitaria, manteniendo allí un ágil diálogo de media hora. Ray Drum se despidió de la bella mujer, asegurando que la proximidad de Sax Ravit "le había contagiado su agudo sentido del humor".



Con preocupación, Ray volvió a la mansión de Quinton.

Trataré de ubicar a Jospeh, señor Drum. Hace un rato largo que no lo veo.

Mientras esperaba a Joseph, Ray se quedó pensando en Sax Ravit. El vanidoso comentarista de televisión había dicho que también ensayaba sus hipótesis "para descubrir al asesino de Quinton".



Sería lo peor que podría sucederle a un individuo con la vanidad del afamadísimo comentarista.



Dócilmente, Joseph tomó asiento junto al detective.









Ray Drum era un hombre de palabra. Alentado por ese indicio que estimaba de importancia, telefoneó al inspector Parky.

¿De manera que cree que es posible...?






















Sonó el teléfono en casa del pintor asesinado.







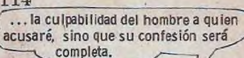











...la culpabilidad del hombre a quien acusaré, sino que su confesión será completa.




Comenzó explicando algunos detalles, hasta llegar al indicio de esa tarde, en el guardarropa de la casa de Quinton.
Lo que me apartó de la pista fue que ustedes seis se habían sometido al "experimento González"...


...del nitrato, cuyos resultados fueron negativos. Las partículas de pólvora que saltan...


...hacia atrás, incrustándose en la piel, cuando se hace un disparo, no se pueden quitar con agua, jabón y cepillo.


En el experimento González se aplica a la mano una capa de parafina, que absorbe las partículas de pólvora. Y eso lo hizo el criminal. Debe haber sido una terrible sorpresa para él cuando se enteró de que Ravit lo iba a descubrir. Porque era evidente que Sax Ravit sabía algo y lo callaba.


El detective hizo una breva pausa, mirando al hombre que iba a acusar, pero éste se mostraba tan sereno como los otros.
La vanidad mató a Ravit. De haber contadc a la policía, o a mí todo lo que sabía...


...ahora tendría la posibilidad de lograr "determinada dicha" que perseguía desde tiempo atrás.
Por supuesto, pensaba en Sara Stann.


Moviéndose nerviosamente en su silla, Grant exclamó:-Bien, dígalo ya, Ray.
¡Eso mismo! Si tiene esas pruebas, suéltelas, amigo.
¡De acuerdo! Señor Myles, lo acuso de haber asesinado a Paul Quinton y a Sax Ravit.


Como herido por un rayo, el acusado saltó, gritando:
¡Eso no es verdad! ¡Paul era mi mejor amigo! ¡Puedo probar que no es verdad!
Hay varias pruebas contra usted, Myles. En primer lugar, usted tenía un paraguas esa noche, y...


¿En una noche de lluvia quién sale sin paraguas?
De acuerdo, pero pasemos al segundo aspecto de la cuestión. ¿Dónde están los trabajos...





Los que faltan "estaban manchados de sangre, señor Myles", por eso los destruyó. A esa altura de la acusación, los cinco hombres se habían apartado de Myles.



"Joseph aseguró esta tarde que le vio entregando un abultado sobre en la noche del día ocho; de la fiesta. ¿Puede mostrarnos ese manuscrito, con el sobre correspondiente, profesor? No, no puede, porque es posible que también esté manchado con la sangre de Paul Quinton", exclamó Drum...



...advirtiendo cómo Font Myles iba derrumbándose paulatinamente. Paul Quinton acababa de publicar un libro de éxito. Usted le pidió que leyera su manuscrito y que, acaso, lo apadrinara. Pero el pintor, con su franqueza característica le dijo que era insoportable su lectura...



Crispó los puños con furia. -Imagino la escena en ese famoso cuarto, cuando Myles oyó el veredicto de Quinton, -dijo Drum.











"Además, profesor, le diré que usted cometió un error al no enterrar, por ejemplo, la parafina que utilizó para quitarse de las manos las partículas de pólvora. Y esas partículas pueden ser halladas en una o varias de las tapas de esos tarros de jalea", afirmó Drum, agregando:



Todos los discos de parafina habían sido arrancados de los frascos, y colocados sobre hojas de papel secante, bajo la luz de una lámpara. Derramado nitrato sobre los discos, comenzaron a surgir brillantes manchitas azules.



La confesión rompió el dique formado por el rígido control de la voluntad de Fonty Myles. -¡Sí, lo maté, lo maté! ¡Fue cruel conmigo, y entonces decidí matarlo! ¡El tenía un revólver en su escritorio! ¡Me apoderé de él: ignoraba si estaba cargado, pero lo mismo apreté el gatillo varias veces!

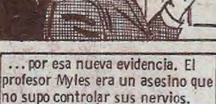


Una vez que la policía arrestó al asesino, los cinco hombres, verdaderos amigos del pintor muerto, felicitaron a Ray Drum.



El detective sonrió un tanto avergonzado.







Cuando una vez concluído el triste caso, Ray Drum tuvo entre sus manos el ejemplar de "Autorretrato" que le obsequiara Paul Quinton, lo abrió en la primera página. Simplemente decía: -Para... , concluyendo con aquella firma "Q", al pie de la misma. Movió la cabeza...



...apenado, al tiempo que murmuraba: -Si Paul Quinto hubiera vivido, habría sido mi amigo. Y hubiera entregado a Ray Drum una de aquellas extrañas llaves de oro. Con toda seguridad.



VAMOS A REIR



- ¡Mire que pasar la noche aquí para que mi jefe lo atienda primero mañana!



- ¿Deja de llorar, Pedrito! ¿ No ves que es una gallina?



- Te iba a sugerir que nos fuésemos dos horas antes, pero me pareció que ellos deseaban lo mismo y me dio fastidio.



- He adoptado esta nueva técnica, Oscar. No cortar el césped, y comprobar si se puede vivir bien así.

Un Javert de las pampas

Por HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

ADAPTACION • DIBUJOS DE ARANCIO

Entre los innumerables personajes que Víctor Hugo acumuló en su famosa novela LOS MISERABLES, el inspector Javert ha quedado como la figura de un hombre que cumplía su deber de una manera dura e inflexible. Su existencia estaba consagrada a la vigilancia, persecución y captura de todo tipo de delincuente.

El sargento rosista estaba mirando cómo caía en su foso el rojo Sol de esa tarde de verano.

(¡Nunca te encontraste en otra igual, sargento Mosqueira!)

Era bravo, y se hubiera jugado la cabeza por su Don Juan Manuel, pero en ese atardecer se sentía extraño y flojón.

(¡Si pudiera enfrentarse con la muerte!)



















Así fue como Lorenzo Mosqueira conoció desde muy pequeño los rigores y las bellezas de la pampa.
¿Qué se ha quedau mirando, mijito?
El simpático morenito sonrió a su tata.
El rancho ande nací. Y ese árbol, y ese cielo que hay sobre el techo, tata.
El federal se puso a reír.
¿Me va a salir payador romántico, como uno de esos lomos negros que revolean...
...los ojos, y dispués andan diciendo barbaridades del Ilustre Restaurador?
No, tata. Ya via ser como usté.
La contestación del niño llenó de orgullo al sargento.
¡Ansina contesta un federal, desde la bota a la vincha!
Lo cierto resultó que el pequeño moreno, hijo de Marcos Mosqueira, iba a pasar prácticamente toda la vida en una comisaría; y sus "juguetes" serían los sables y las pistolas.
El sargento siempre había sido un celoso guardián de la ley. Y en más de una ocasión estuvo a punto de morir por sus alardes de sangre fría. Como en aquella noche de 1848.
Lo transportaron bastante herido a la comisaría. Su hijo no se movió del camastro utilizado por su padre, hasta que éste se levantó, totalmente repuesto.
¿Ha visto mijo cómo es de duro su tata?
Pero llegó aquel plazo llamado Caseros, y el sargento federal cayó en una de las cargas coloradas...
...para nunca más levantarse. Y su muchachito no llego a saberlo en seguida. Cierta mañana de marzo, un joven inglés que tenía su campo pegado al de Marcos Mosqueira, se acercó a Lorenzo y le dijo: –¿Sabría portarse como un hombre, mi amigo?

El adolescente miró con extrañeza al gringo pelirrojo.

¿Por qué me lo priegunta, don Félix?

Félix Ford apoyó su manaza, amistosamente, en el hombro de su joven amigo, y allí empezó el relato de la muerte del sargento federal.

Me aseguraron que murió como un valiente.



No tenía familia Marcos Mosqueira. La de su mujer residía en San Juan. Compadecido de la situación del muchacho, Ford le envió uno de sus hombres de confianza para que lo ayudara, puesto que el decidido Lorenzo no quería abandonar su rancho natal.

















Suspiró el teniente al rememorar las ásperas páginas de aquel libro, donde la figura del inspector, que comprendía su deber y sus funciones con una probidad y una inflexibilidad feroces, se alzaba imponente y lúgubre.



Transcurrieron unos años, y los cambios de política hicieron que el gringo bueno y serio -don Félix Ford- fuera designado alcalde. Una medida que fue aplaudida por casi todos...



... menos por los diversos malhechores que merodeaban ocultos por la clásica "piel de cordero".

Mejor nos vamos de aquí, Salazar. ¡Ese gringo será duro de morder!

Un sargento de veintidós años era como la fiel sombra protectora de don Ford. Se llamaba Lorenzo Mosqueira. ¡Nunca iba a olvidar todo lo que Ford hizo por él cuándo perdió a su padre!



El célebre estanciero sureño tenía cuarenta años y una vitalidad envidiable: física y mental. Quería ser un alcalde enérgico y justo. Las horas que atravesaba la nación eran difíciles. Las negras manos de la traición esperaban en medio de las sombras.

El gringo de Chascomús mandó llamar a su joven aunque ya viejo amigo Mosqueira. Y lo hizo teniente sin más vueltas.



Ante el sorprendido Lorenzo, agregó: -Sé que vas a cumplir como bueno, Lorenzo Mosqueira.



El corpulento moreno tomó asiento.



Fueron enumeradas las actividades de algunos que se empeñaban en moverse al margen de la ley.



Ford lo observó con seriedad, pensando que el finado sargento federal estallaría de lógico orgullo por su muchacho, allá en el sitio de tinieblas donde de encontrara.



El flamante oficial de partida era hombre de pocas palabras. Y usaba muchas menos en la acción.

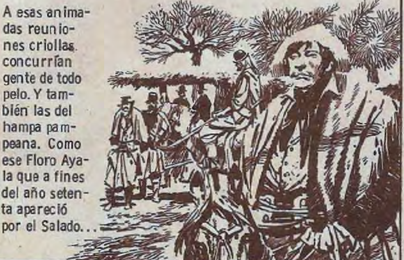



A la frase corta y dicha con tono bravucón, Lorenzo Mosqueira respondía con silenciosa aspereza. Y el sospechoso iba camino de su celda instantes después.
¡Es bravo "el negro Lorenzo"!
Aunque para don Félix Ford era "el teniente Mosqueira", para los que lo conocían desde la infancia, seguiría siendo "el negro". Para el matreraje, "un tizón de los infiernos".
¡Al cepo, hasta que confiese cuánta hacienda robó!


En todos los pagos caían paisanos forasteros con fama de bravos; a la manera de los feroces Barrientos.
Mi lema es el culto al coraje, y el despreceo de la ley.


Aquel individuo caído al Salado por los finales del setenta, hizo un arreo de dinero y vidas que aún se recuerda.
Andá soltando la plata, pulpero, o te pasará lo que a ése.

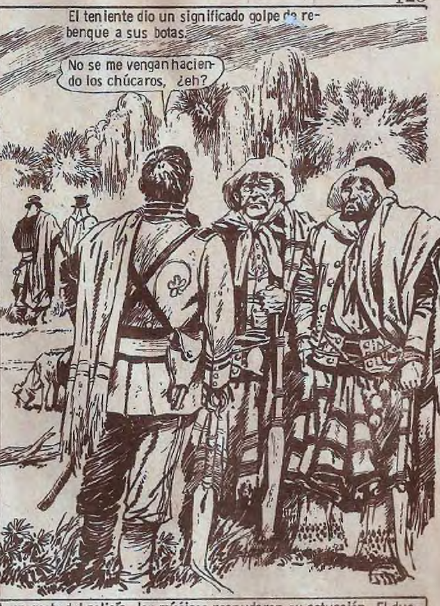

Campo de acción preferido de los sórdidos "ternes", como eran llamados por el gauchaje, resultaban las carreras cuadreras.
(La del domingo puede darte muchos patacones, Ayala.)


A esas animadas reuniones criollas concurrían gente de todo pelo. Y también las del hampa pampeana. Como ese Floro Ayala que a fines del año setenta apareció por el Salado...


...y cruzó su torva mirada con la renegrida de Lorenzo Mosqueira, estupendo identificador de malhechores.
¿Floro Ayala? ¡Diande!


Por más forastero que fuese el recién llegado, observándolo rápidamente, el teniente Mosqueira parecía adivinar su procedencia, ¡y hasta su identidad!
¡Vos son del Veinticinco de Mayo y te llamás Lauro!



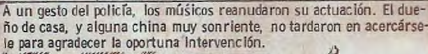


Descubiertos por ese casi mágico representante de la autoridad, ambos matreros dejaron caer los brazos, mientras en sus ojos se pintaba el mayor asombro e inquietud.





Y como para suavizar la cosa, agregó: -No se les molestará si se comportan como gauchos de bien. Pero sepan que Lorenzo Mosqueira es capaz de darle al mesmo mandinga, si se me viene haciendo el quebrallón.





Rincón del Toro iba, al fin, conociendo la paz, cuando una tarde llegaron tres paisanos y casi de prepotencia sentaron sus reales en el puesto de los Orichio.



Los tres eran "norteños", pues venían escapando de la justicia del norte de la provincia; exactamente de Ramallo. Eran tres fieras, aunque por el momento escondían las garras.



Había alegría en el almacén "El cañón", de don Bufill, pero esa noche el gringo se puso nervioso. Lo preocupaban esos tres individuos que metían las narices en todas partes, "levantando el gallo y amenazando a los paisanos amigos".





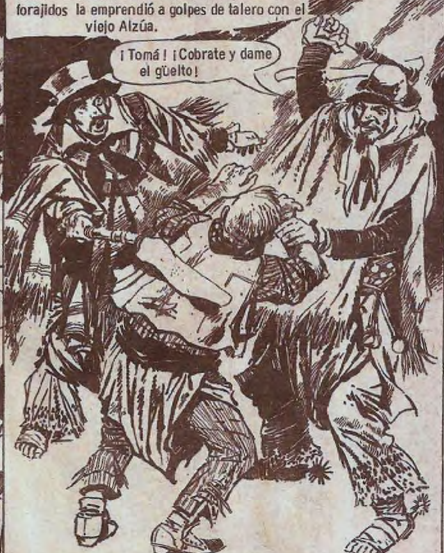












Se celebraba una fiesta patria y en domingo. Fiesta doble que había congregado a una multitud. Los "norteros" estaban entrampando paradas, y atropellando al que protestaba, mientras hacían bajar los "faroles de carlón" que era un gusto.







¡Impresionante faena la de aquella tarde! Digna del moreno Lorenzo Mosqueira, teniente privado del alcalde Félix Ford. Al caído por los rebencazos, se agregaron los otros dos. Sin usar más armas que el bien manejado rebenque, avergonzó a los malhechores con un épica tunda. . .



Asegurados con sus propios lazos, los condujo a la alcaldía, atravesados en los buenos pingos criollos. El moreno Mosqueira era capaz de esas hazañas, porque, como él mismo decía. . .



Promediaba el año setenta y cuatro cuando una amazona criolla se lanzó en búsqueda urgente de Lorenzo Mosqueira. Al hallarlo gritó como enloquecida:
-¡Francisco Tolosa nos va a asesinar!



¿Anda por aquí ese sujeto?

Francisco Tolosa, un desalmado que solía ocultarse en los pajonales de Monte, iba a cumplir la siniestra promesa hecha a Delfina Monsalvo y sus dos hermanos mayores:
-¡Te espero en mi rancho, Delfina!
¡Si hacés que tenga que buscarte, mataré a tuito el que se oponga a lo que yo quiero!

¡Mi hermano Luis María le salió al cruce, teniente!



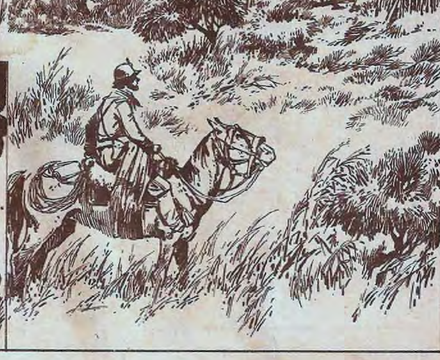


Francisco Tolosa vio la llegada del vastamente conocido "justicia de las pampas" y huyó campo afuera. El Javert criollo lo persiguió por más de un mes, aunque sin suerte.

Dije que lo prendería, y ansina ha de ser.









La bala no alcanzó al policía pero éste sí al bandido, quien cayó hacia atrás, pero extrayendo su inmenso facón.



El duelo fue larguísimo y muy equilibrado. Quince minutos después, y de cara al Sol del nuevo día, el teniente moreno se puso a limpiar en los pastos su facón manchado de sangre.



El tigrero traidor murió antes del mediodía, y entre rejas. La maldición que pesaba sobre los honestos hermanos Monsalvo, había concluído.

Nada tienen que agradecerme, amigos. ¡Hasta otra!

No se habían acallado los ecos admirativos que causara la magnífica acción de Mosqueira, cuando don Félix le dijo a su brazo derecho en la defensa de la ley: -Me avisan que por esta jurisdicción anda un paisano Paulino Aguilera, al que se acusa de una muerte en Dolores.

Via tratar de prenderlo, señor.

Dos horas después, el teniente que había galopeado sin cesar bajo un sol muy molesto, llegó junto a un criollo que dormía profundamente a la sombra de unos espinillos. Lo miró durante largo rato; inmóvil y pensativo.



El individuo despertó de pronto, y al ver al policía se levantó de un salto, empuñando su facón.



La voz siempre enérgica, seca, de Lorenzo Mosqueira, fue en la ocasión de una extraña mansedumbre: -Ni lo voy a peliar, ni pienso llevarlo, Aguilera. Yo creía que usté era otro, que hizo una muerte en Dolores. Me he equivocau. Usté es el mesmo paisano desconocido...

...que hace unos cinco años salvó a aquél gauchito que se estaba ahugando en la laguna.



Como si no prestara atención a las palabras del individuo, el moreno Lorenzo agregó: -Ese muchachito era el hijo de don Félix Ford, y vive gracias a usté. A usté que se marchó antes de que le dieran las gracias, paisano. Vayasé nomás y reciba la gratitud de este servidor, Lorenzo Mosqueira...



Regresó Lorenzo poco después, y con voz serena dijo a su jefe: -Ni la sombra de ese hombre. Debe haber cambiau de rumbo.



El verano terminaba, pero aún las noches eran agradables, y Lorenzo gustaba de los largos trotes campo afuera. Una hija de don Braulio Sánchez lo tenía algo mareado; de ahí las seguidas visitas a la familia de ese adinerado pulpero.



El boliche estaba lleno de gente; algunos eran forasteros. Lorenzo Mosqueira pasó entra las mesas, y de pronto estiró el brazo.



La respuesta fue un acero entrándole a traición por la espalda. Lorenzo golpeó el rostro contra la mesa de juego.





La daga del tramposo también se clavó en la espalda del temido representante de la autoridad en Chascomús.

No les fue mucho mejor a los canallas agresores. El paisanaje honesto y leal, que sabía cuánto tenían que agradecerle al oficial que se jugara mil veces la vida en muchos años, por la tranquilidad del pago entero, reaccionó...





...cosiendo a puñaladas a esos forasteros asesinos.

Lorenzo Mosqueira ya había muerto cuando María Sánchez lo abrazó, sin importarle la sangre que manaba de esas dos terribles heridas...





...más, seguramente algún gaucho debió contarle lo que fue la inhumación de sus apreciados restos. Cien gauchos con ropa de gala, acompañaron con guitarras enlutadas al teniente pampa, en cuyo corazón de criollo, junto con el culto del deber se hermanaban la nobleza y el valor.

FIN